

El santo de Alfonso XIII

Hoy celebra el monarca de España su fiesta onomástica: es la segunda vez que en la plenitud de los derechos reales, por gracia de la Constitución, verá Don Alfonso XIII desfilar las representaciones oficiales del Estado ante su trono.

Si la política se hubiera dirigido con orientación y eficacia distintas, tendríamos hoy el soberano el gozo de recibir en el Palacio de Oriente delegados de todos sus súbditos, sin que perduraran en España organizaciones republicanas y carlistas, constituidas para la amenaza, que viven por la protesta, y expresan al vivir los errores políticos que se cometieron antes. Al espíritu vivo de S. M., a la fácil percepción de su naturaleza, al mismo amor que profesa al pueblo que rige, no escaparían detalles y omisiones, síntomas del alma nacional. Coincidió su mayoría de edad con un momento difícil en la historia de España. Los últimos años de la Regencia fueron crueles.

Perdidos los restos del imperio colonial: el pueblo, asombrado, creyendo injusto el vencimiento sin lucha continuada, ni bríos tenía para revolverse contra los causantes de la derrota. Aún no se ha fallado ese pleito, y los acusados un día son ensalzados al siguiente. El ejército sufría resignado; dura ley disciplinadora. El espíritu militar amoldándose a la boca; la Marina era y sigue constituyendo un recuerdo; pocos creían en los poderosos recursos económicos que mostramos luego, y en el extranjero, desconfiados de la solvencia hispana, estaban prestos a la transacción con nuestra hacienda.

En crisis el partido conservador desde la muerte cruenta de su jefe, amagado el liberal de mayores daños por la proyección del hombre ilustre que lo dirigía; esbozadas, antes que los servicios, las ambiciones de muchos que aspiraban a las jefaturas de los partidos turnantes en el Poder; amenazador el carlismo; envidiosos los republicanos y nebulosos algunos generales en el afán de cubrir con el pobre manto de actitudes las desgraciadas campañas que dirigieron, parecía que, rota la leyenda, deshecho el quijotismo inoculado desde nuestra infancia, nos ganaba el pesimismo sin remedio.

No fué así. Las fiestas de la jura regia mostraron a Europa, indiferente un día a nuestras desgracias por ministerio del egoísmo que rige la política internacional, asociándose con lo más florido de su representación al despertar de nuestro pueblo. En el naufragio de tantos convencionalismos, ante el hundimiento de falsas reputaciones, en el mismo quebranto de las partidas, la Monarquía, representada por el niño augusto, flotaba como lazo de unión, brilló como esperanza y norte en el rumbo perdido de la nave española.

No es adulación de monárquico; expresamos sentimientos de ciudadanos sinceros. En Mayo de 1902, el pueblo, viendo el presupuesto con *superavit*, la bandera respetada, aunque no temida, las empresas industriales resurgiendo contra las mismas péculas administradas por los Gobiernos, se forjó ilusiones de un porvenir risueño, creía inaugurarse la era de las alegrías. La generación actual no oyó aplausos más ruidosos al al presentarse el rey en las calles. Las Cámaras legislativas rompieron un instante su convencionalismo produciéndose en calurosa adhesión al soberano; los institutos armados aclamaron en la simpática marcialidad de su jefe el principio de la reorganización. Jamás estuvo un país más voluntariamente dispuesto para el régimen de gobierno personal. La caprichosa terquedad con que un Cánovas del Castillo impuso los diez y seis años como mayoría para ocupar el Trono, por razones que afectaban al pasado más que al mañana, se estimaba atisbo feliz más que ficción constitucional, y Don Alfonso XIII, en su consoladora juventud, resumió gallardamente el alborar de un nuevo día.

Después, sus viajes a provincias, desarmando con gracia a los mismos enemigos; el contacto que deseó establecer con el pueblo; su modestia alternando el ejercicio del Poder con la educación de la voluntad y el cultivo de su inteligencia; la afición a la agricultura; la imparcialidad arraigada en el ejercicio de las prerrogativas reales dentro del alterado mecanismo de los partidos; el respeto y amor y sumisión filial profesado a su madre, reforzaron los augurios populares; que el vulgo, en su sencilla admiración, es alondra fácil de revolotear ante los espejuelos que simpáticamente se le muestran.

No se desvanecieron tantas ilusiones, subsisten hoy. El rey necesita tiempo para formarse, sucesos que le permitan ejercitar su majestad sin invasión de otras facultades. Y ante la disolución de los partidos, la infecundidad de las Cortes, las luchas de fauces de los hombres políticos, la necesidad de una política internacional, el apremio con que las circunstancias llaman a la puerta de Palacio, la urgencia de reconstituir nuestros institutos militares y el deber en que se está de atender minuciosamente a vigorizar sentimientos que se desvanecen, los patriotas que lo son sin falsillas para sus ideas, vuelven a Palacio los ojos y ven en el joven soberano, con los recuerdos gloriosos de la historia, el nexo que ha de unir las fuerzas dispersas en la ardua empresa de reconstituir a España.

Labor es esta digna de immortalizar un reinado, y eso espera España de su rey. Dios le dé salud, su inspiración aciertos, y todos, medios para que pueda cumplir.

LA VIDA DE ALFONSO XIII

En lo que se refiere a lo íntimo y familiar, el régimen de vida que observa el soberano de España difiere muy poco del que observan desde su niñez hasta el día en que juró la Constitución del Estado.

Por los innumerables y extensos artículos que en distintas ocasiones, y especialmente con motivo de aquel fausto acontecimiento, publicó la Prensa, concócese las sobrias costumbres, el método a que ha estado sometida la existencia del rey, así como sus aficiones, los recreos y ejercicios con que compensaba las horas de estudio para establecer el justo equilibrio entre el desarrollo intelectual y el desarrollo físico.

La fecha de su elevación al trono había de inaugurar una etapa completamente nueva; la vida oficial, que impone múltiples deberes, deteniéndose en el estudio y grandes meditaciones a un soberano, y que al que rige los destinos de España había de imponérselos en tanta mayor proporción cuanto más vivo habíase manifestado en él; el deseo nobilísimo de identificarse con su pueblo, deseo que hoy constituye su aspiración suprema, que desde el primer momento le ha grandado el cariño de sus súbditos y afirmado su trono en la lealtad de la nación, hace esperar en un porvenir brillante para España.

Este aspecto oficial de su vida de soberano es el que ha impuesto más sensibles modificaciones al régimen de vida observado hasta el día de la proclamación, como podrá observarse por el relato que vamos a hacer del modo como actualmente distribuye el rey las horas del día.

Acostumbra a levantarse de siete a siete y media de la mañana, y terminado el aseo de su persona, en el que escasamente invierte media hora, toma el desayuno acompañado de su augusta madre y de su hermana la infanta María Teresa.

Después de un rato de conversación familiar, entra en sus habitaciones particulares y durante una hora conferencia con los que fueron sus profesores, y cuya enseñanza, aunque no con el carácter de lección, recibe aún en la forma indicada.

Una de las es el ilustrado profesor de la Universidad Central Sr. Santa María de Paredes el que celebra con el rey la conferencia sobre Ciencias Morales y Políticas; otros el conde de San Bernardo, tan competente en cuestiones agrícolas, el que habla con S. M. de este importante asunto, al que, como es sabido, concede el rey preferente atención.

El famoso naturalista señor Arrillaga conferencia también con el soberano, y estas conversaciones sobre Historia Natural, Zoología y Botánica, alternan con las de Historia general que celebra con el señor Brea.

También tiene conferencias de idiomas, especialmente de alemán y francés, con los catedráticos de la Academia Berlitz señores Brunns y Legraux, y consagra algún tiempo al ejercicio de la gimnasia y de la esgrima, bajo la dirección de los Sres. Sánchez y Carbonell, respectivamente.

De cuestiones militares, que como es sabido constituyen la más decidida de sus aficiones, conferencia constantemente, pues habiendo sido sus profesores los ilustrados militares Sr. Castejón, Loriga y Balseiro, que actualmente le acompañan con el carácter de ayudantes especiales agregados a su Cuartel militar, y el marino Sr. Aguirre de Tejada, hoy su secretario particular, son frecuentes las conversaciones en que con ellos conversa de los distintos aspectos de este asunto que tanto le interesa.

De diez y media a once comienza el despacho, recibiendo al comandante de Alabarderos para dar el santo, al mayor de Sotomayor, al intendente señor marqués de Borja y algunos otros jefes superiores de Palacio, a los que tiene que dar órdenes especiales.

Después recibe a los dos ministros que cada día van a Palacio, excepto los sábados, en que concede audiencia, y los jueces, en que despacha con el Consejo en pleno.

A la audiencia de los sábados asisten, además de las personas que solicitan esta gracia, gran número de los que por su condición tienen entrada en la real casa, como políticos, gentiles hombres, generales, caballeros del Toisón, etc.

Almuerza a la una, acompañado de la familia. El jefe del Cuartel militar, el ayudante de guardia y algún alto empleado palatino, suelen ser invitados a la real mesa.

Muchas veces, relacionado por el despacho, tiene que renunciar a la satisfacción de sentarse a la mesa con su augusta madre y su hermana; estos días no dejan de acompañarlo algunos personajes de su alta servidumbre.

Como no sea para visitar el Campamento, el Hospital Militar, algún cuartel u otra dependencia de esta índole, rara vez sale por la mañana.

En cambio, después del almuerzo invariablemente consagra una o dos horas al ejercicio y al paseo. Acompañado del ayudante de guardia, el jefe del Cuartel militar y alguno de los que fueron sus profesores, a caballo o en carruaje, dirige a la Casa de Campo o a El Pardo.

Como la equitación y la caza constituyen sus dos recreos favoritos, y sale portado



El rey en traje de alabardero

con armas y bagajes para cobrar unas cuantas piezas en los montes de El Pardo, o jine en uno de sus caballos favoritos para correr y saltar a su antojo. Cuando va de caza, agrégase a su comitiva el primer montero de Espinosa, señor conde de San Román.

Si el tiempo está muy malo y no puede salir, juega una partida de billar después del almuerzo, generalmente con el ayudante de guardia o el jefe del Cuartel militar.

Después del paseo o de la partida despaacha los asuntos urgentes, caso de haber alguno que no deba aguardar al despacho ordinario de la mañana, y después consagra un rato al ejercicio de la esgrima con los jóvenes aristócratas que con él se ejercitan, o a los ejercicios militares en el Campo del Moro.

Hasta la hora de comer invierte la hora u hora y media que le queda libre en leer periódicos y revistas ilustradas, nacionales y extranjeras, o en análogas distracciones.

Aun cuando un negociado especial tiene la misión de coleccionar diariamente cuanto de los periódicos pueda interesar al soberano Alfonso XIII, no se conforma con estos extractos de la Prensa, y suele leer por sí mismo los periódicos políticos y literarios, concediendo gran atención a este deber, mediante el cual adquiere un exacto conocimiento de la marcha de los asuntos públicos, de las necesidades y aspiraciones del país y de las demandas de la opinión, pudiendo formar

claro juicio que sirve de base a las resoluciones que toma, y a las indicaciones que da a su Gobierno en el

sentido que cree más justo y adoptar las resoluciones que la rectitud y firmeza de su carácter le sugieren en los casos en que puede resolver su propia iniciativa.

Do siete a ocho come, sentando a su mesa al jefe del Cuartel militar, jefe de parada y de la Escorta, comandante de Alabarderos, grandes de España y gentil hombre de guardia y algún alto empleado de Palacio.

A la comida suelen asistir los príncipes de Asturias y la infanta Isabel.

Después de jugar una partida de billar o de jugar con el príncipe o con uno de los invitados, refriase a sus habitaciones de diez a once, para descansar, excepto los días que asiste a la función de algún teatro, lo que hace con escasa frecuencia.

Cómo pasa sus días el rey

En familia.—Felicitaciones y obsequios. Recepción oficial.—La Corte y los invitados.—El banquete.—Detalles de la fiesta.

El día de su santo no es para el rey, como suele serlo para todos los que disfrutamos de una cómoda posición pueden proporcionarse las extraordinarias satisfacciones que la celebración de la fiesta requiere, un día de intensa expansión y de familiar regocijo, porque los deberes de jefe del Estado le privan de ello, imponiéndole extraordinarias obligaciones y ceremonias oficiales.

Para disfrutar de los íntimos gozos de la vida en familia, suspende las conferencias, consagrándose a este tiempo a recibir las felicitaciones de sus parientes y los obsequios que, lo mismo su augusta madre y sus hermanas que el príncipe y la infanta Isabel, acostumbra a hacerle. Estos obsequios suelen consistir en armas y objetos de su gusto, en caballos y carruajes.

Más temprano que de costumbre almuerza con toda la familia, y a este almuerzo, que tiene carácter íntimo, sólo suele invitar a algunos de los jefes superiores, militares y civiles de Palacio.

Terminado el almuerzo, refriase a sus habitaciones para vestirse el traje de gala con que ha de asistir a la gran recepción oficial, que se verifica a las dos de la tarde.

A esta recepción, que era la que antiguamente se denominaba *besamanos*, asisten los Cuorpos Colegisladores, el Cuerpo diplomático y los grandes de España en primer término, para formar la comitiva que ha de acompañar a S. M. al salón del Trono.

Cuando el rey ocupa su sitial colócase los grandes de España a la derecha, las damas a la izquierda, detrás de los jefes superiores de Palacio, enfrente el Cuerpo diplomático, y a ambos lados de éste los mayordomos de semana y oficiales de la Escorta Real y Alabarderos.

Junto al sillón del rey en cuéstrase el destinado a su augusta madre; los demás individuos de la familia se sitúan al lado del Trono por el orden de sucesión a la Corona.

La música de Alabarderos toca en una sala contigua durante la recepción, y las bandas militares en la gran plaza de la Armería.

Una vez en el trono S. M. el rey, se instala la comitiva en la forma expuesta, se abren las puertas del salón, y las personas que aguardan en las estancias inmediatas desfilan ante el soberano.

Rindiendo culto a una antigua costumbre, concédese la prioridad al Consejo de Estado y al Tribunal Supremo; después, indistintamente, y en agrupación, desfilan las Ordenes militares, los Ministerios, Academias, Corporaciones oficiales, Ayuntamiento, Diputación, Cuerpos del ejército, etc.

El antiguo nombre de *besamanos* obedecía al hecho de que al pasar delante del Trono, cada invitado besaba la mano a su majestad. Al desterrar esta costumbre del protocolo, el monarca Don Alfonso XII, cambió también el nombre de la ceremonia, denominándose recepción oficial, y con arreglo a este cambio actualmente las personas que asisten a ella sólo hacen una reverencia al pasar ante el rey.

Terminada la recepción, el monarca vuelve a entregarse a la vida íntima de familia, o sale, como de costumbre, hasta las siete de la tarde, a cuya hora regresa a Palacio para presidir el banquete real.

Verifícase éste en el gran comedor, suntuosísima estancia cuyos muros enriquecen hermosos tapices y cuyos techos están formados por artística combinación de mármoles y bronces.

En el centro colócase la mesa, capaz para ochenta o noventa cubiertos, adornada con flores, del mismo modo que se adorna el comedor, formando pintorescos macizos en las esquinas, enlazados entre sí por medio de guirnaldas.

La luz espléndida de las arañas, unida a la de las bujías de los candelabros de plata que se colócan en la sala, proporciona a los reflejos a la cristalería de Baccarat, a la

porcelana de Bohemia y de Sèvres y al hermoso servicio de plata repujada, que constituyen el servicio de mesa.

Los invitados a este gran banquete, que son los ministros y sus señoras, caballeros del Toisón de Oro, presidentes de los Tribunales, capitanes generales, autoridades de Madrid, presidentes de la Diputación y el Ayuntamiento, grandes de España y damas de honor de guardia y jefes superiores de Palacio, aguardan en un salón contiguo.

La real familia, atravesando el salón del Trono, entra en el comedor precedida de los mayordomos y ayudantes de guardia, y seguida de su espléndida comitiva a los acaes de la Marcha Real.

El rey da el brazo a su madre y va seguido de los príncipes e infantas.

Cuando hay una persona de familia real extranjera, si es una dama, es conducida del brazo por S. M.; si es varón, ofrece su brazo a la reina madre, y en este caso el rey ofrece el suyo a su hermana.

El menú suele componerse de 10 ó 12 platos escogidos, y seis ó siete de los vinos más ricos; durante la comida la banda del Real cuerpo de Alabarderos ejecuta un brillante concierto.

Después de tomar el café, la real familia sale del comedor seguida de los invitados, a los acaes de la Marcha Real, para instalarse en las salas que separan el comedor del salón del Trono, entre las que figuran las llamadas de Carlos III y Gasparini.

Las damas invitadas toman asiento, formando grupos con las de la familia Real. El rey conversa también con los concurrentes, y después de un rato de tertulia retirase dando por terminada la fiesta.

Después de permanecer en familia algunos minutos, Alfonso XIII se despide de sus augustos parientes y se dirige a descansar a sus habitaciones.

Tal es el modo que tiene S. M. de pasar el día de su santo.

Rasgos y detalles

Condiciones que caracterizan al rey.—Aficiones artísticas.—Vocación militar. La equitación y la caza.—El hipódromo.—El campo de experimentación agrícola.—Prólogo brillante.

Los rasgos de carácter que, acentuados de día en día, van marcando la personalidad del rey, son la viveza de imaginación y la energía.

Merced a la primera de estas dos condiciones tan estimables, Alfonso XIII logra hacer cargo de los más complicados asuntos mediante una breve explicación o una ligera lectura, y formar de ellos un juicio claro, que la rectitud de sus ideas inclina siempre del lado de la razón y la justicia. Merced a la segunda, a la firmeza de su carácter, haríase difícil discurrir en su criterio o hacerle desistir de su propósito, toda vez que al formarlo inspiró sus resoluciones el más estricto espíritu de justicia, la más cabal idea del bien.

La vehemencia de su temperamento juvenil no impide en él la reflexión. Lo que ocurre es que con la misma rapidez con que se hace cargo de un asunto, merced a la claridad de su inteligencia, halla la solución de él, una solución siempre razonable y siempre justa, gracias a esa facultad de rapidísima concepción.

Entre sus aficiones artísticas ocupa lugar preferente la literatura, sin que esto quiera decir que desdén la música, la pintura, etcétera. No solamente conoce los clásicos y lee con atención las obras modernas, sino que de aquellos sabe de memoria muchas composiciones.

En aumento de día en día su afición a los asuntos militares y a cuanto se relaciona con ellos, no solamente conoce cuanto se refiere a organización militar y medios de defensa en nuestro país, sino también cuanto alcanza el progreso en otras naciones.

Sus recreos favoritos son la caza y la equitación. Tales adelantos ha conseguido en el primero de estos ejercicios, que cuando organiza una partida con los más excelentes tiradores de su regía comitiva, suele cobrar el solo tantas piezas como todos los que le acompañan juntos.

Respecto de la equitación, no satisface sus deseos con pasear por las enarenadas carreteras ni con salvar los obstáculos que ofrecen las más agrestes alamedas de la Casa de Campo, y se ha hecho construir un hipódromo en las inmediaciones de la casa de yacas, donde se complace en correr y hacer saltar a su caballo zanjas, arroyos y toda clase de obstáculos, que ha hecho instalar en la pista.

Dando prueba elocuente de la constante atención que presta al progreso de la agricultura, considerada por él como base de la riqueza y de la prosperidad del país, ha establecido un campo de experimentación en los terrenos que la Casa Real posee en El Pardo.

En estos terrenos, divididos en tres parcelas, y que como es de suponer no son de regadío, ensaya la preparación de tierra para el sembrado y los efectos de los abonos naturales y químicos, así como de los sistemas antiguos y modernos de labranza, siembra, etc., a fin de adquirir un exacto conocimiento de este importante asunto, mediante el cual puede llegar a ser verdaderamente provechosa la decidida protección que concede a la agricultura.

No es aventurado esperar, teniendo en cuenta las evidentes pruebas ofrecidas por el monarca desde el día reciente de su elevación al Trono, respecto de los adelantos de progreso y de prosperidad para la patria, que su reinado señale en la historia de España una época de esplendor y de bienestar dignos de un pueblo que tanto lo merece.

R. CONTRERAS Y CAMARGO

DE POLÍTICA INTERNACIONAL

Viajes regios

En todo tiempo los viajes de los soberanos han tenido transcendencia política internacional. En nuestros días esa transcendencia diríase que se ha acrecentado.

Es verdad que el régimen constitucional y la organización democrática moderna ha privado a los soberanos y jefes de Estado de aquel poder autocrático que ejercieron en otras épocas; pero así en las Monarquías como en las Repúblicas la personalidad del que ejerce el Poder moderador y en tal concepto está al frente del organismo nacional, ha conservado, y precisa que conserve, acción suficientemente directa para que su voluntad y su juicio sean factores importantísimos en el gobierno del país. Si se exceptúa a Suiza, donde el Poder ejecutivo radica en el Consejo federal, compuesto de siete individuos elegidos por las dos Cámaras,

uno de los cuales es nombrado presidente por el solo espacio de un año, sin que sea permitida la reelección, en todos los demás países, imperios, Monarquías y Repúblicas, lo mismo de Europa, que de América, que de Asia, el monarca o jefe de Estado tiene participación directa y personal en los negocios públicos, y muy



El duque de Sotomayor
Mayordomo mayor de S. M.

especialmente en los que se refieren a la vida de relación exterior. Siendo esto así, y debiendo serlo para la buena marcha de las relaciones exteriores, es naturalísimo que los viajes de los reyes y de los presidentes de Repúblicas tengan considerable alcance político.

En un país como el nuestro, desprovisto, por desgracia, de orientación internacional, y en donde tan poca atención merece el trato con las demás naciones para la generalidad de las gentes y aun para no escasos número de los directores de la política, el problema de los viajes al extranjero de nuestro Rey debe ser cuidadosamente examinado, porque de la forma y oportunidad con que se realicen pueden alcanzarse ó no ventajas considerables.

Si nos decidimos alguna vez á salir del envorante aislamiento en que vivimos, y si queremos que nuestra personalidad internacional vuelva á aparecer en el concierto de los Estados, debemos procurar que nuestro rey viaje lo más posible por el extranjero. En esos viajes, que en los tiempos que corren realizan todos los soberanos, no sólo recogemos simpatías y afectos de los pueblos, sino que por sus brillantes dotes y por su sencillez y marcial aspecto cautiva á cuantos trata, sino que recalca para el país consideraciones y respetos, dando ocasión á que el mundo



La condesa de Sástagu
Camarera mayor de Palacio.

se ocupe de lo que somos y de lo que podemos representar en las posibles contingencias del porvenir.

La presencia de nuestro rey en las diferentes naciones del extranjero proporcionará ocasión adecuada para que las cancillerías consideren los beneficios que nuestra amistad podría proporcionarles y los perjuicios que les irrogaría el que esta amistad se trocara en desvío ó en protección á sus adversarios. Porque aun cuando debamos reconocer con pena que nuestro país no ha alcanzado todo el poder y desarrollo de que es susceptible, debemos convenir también en que de ordinario le rebajamos más de lo debido por ese espíritu crítico que es peculiar á nuestra raza y que hace que abultemos nuestros defectos y achiquemos nuestras cualidades. No somos, en verdad, una potencia preponderante, de aquellas que pueden imponer sus peculiares miras y ambiciones; pero por nuestra posición geográfica, por nuestra historia, por el núcleo de población, que pasa ya de 15 millones de habitantes, por la importancia estratégica de nuestros puertos ó islas adyacentes, y por la consistencia nacional, que ha subsistido y resiste á las tremendas calamidades padecidas en un siglo,



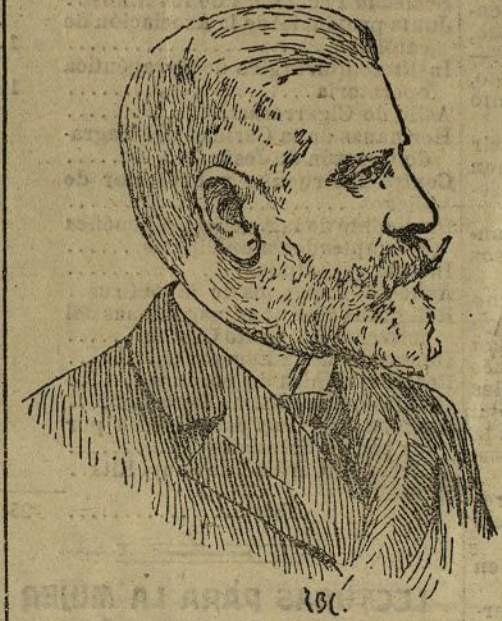
El general Polavieja
Jefe del Cuartel militar de S. M. el rey.

que debimos salir aniquilados, y al que hemos dejado atrás con más fortaleza y con más elementos de riqueza, de industria, de producción y de cultura que antes; por todas esas circunstancias, que son más justamente apreciadas en el extranjero que entre nosotros, España tiene todavía una misión brillante que cumplir, y esa misión puede contribuir grandemente á la acción personal de nuestro joven mo-

narca y el efecto que produzcan sus visitas al extranjero.

Allí donde el rey se presente será tema de discusión nuestro país, y á poco acontecerá que haya por parte de nuestro Gobierno y de nuestros diplomáticos, se hará ver que aquella España, que después de tres años de una doble y sangrienta guerra colonial, en que tantas vidas se consumieron y tan fabulosas sumas se gastaron, midió sus armas con el coloso del nuevo mundo, perdiendo en la refriega el resto que le quedaba de un pasado de épicas aventuras, ha sabido, no sólo reponerse, sino acrecentar sus fuerzas productoras, hasta el punto de que merezca su hacienda ser citada, al par de la italiana, entre aquellas que marchan rápidamente hacia un porvenir risueño. A la vez que se ponga de manifiesto el desarrollo industrial de nuestro país, la riqueza de nuestro suelo y la mayor de nuestro subsuelo, se exteriorizarán las ambiciones nacionales de un rápido despertar al otro lado del Estrecho, y se precisarán nuestras pretensiones africanas, que no son venales ni caprichosas, sino que constituyen una necesidad sentida hoy más concretamente que antes, por lo mismo que nuestro campo de acción se ha reducido al abandonar problemas coloniales que durante siglos torcieron torpemente nuestro destino.

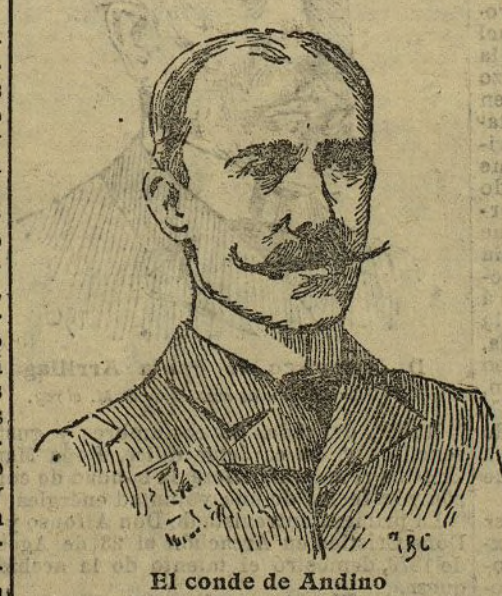
Todo eso que vive recogido entre nuestras fronteras, y que por lo mismo no tiene la eficacia necesaria, saldrá á luz y se hará público con motivo de las visitas de nuestro rey á las capitales y Cortes ex-



El marqués de Borja
Intendente del Palacio.

tranjeras, y al pasar á ser asunto de discusión y de examen de los políticos y de los personajes extranjeros y al ser recogido por la Prensa internacional con aquellas aclaraciones que el Gobierno juzgue conveniente, la causa de nuestra rehabilitación y la de nuestro engrandecimiento encontrarán el medio adecuado de que carece, mientras nos empeñemos en no mirar más allá de los estrechos límites nacionales.

Acertadísima ha sido la decisión de que comenzara el rey sus visitas por el vecino reino portugués. Debíale Don Alfonso XIII esta atención á los reyes lusitanos y al pueblo hermano que comparte con nosotros la Península ibérica. Españoles y portugueses constituimos una unidad superior, perfectamente compatible con la recíproca independencia. Después de España ningún país debe ser tan amado por los españoles como Portugal, y después de Portugal ningún país debe ser tan amado por los portugueses como España. Ese afecto entrañable, esa compenetración de sentimientos, nacida de vivir bajo el mismo cielo y tener tantos vínculos comunes, debía manifestarse como se manifestó siendo Portugal la



El conde de Andino
Secretario particular de S. M. el rey

primera tierra extranjera que pisara nuestro soberano. El éxito del viaje ha superado á las más halagüeñas esperanzas. A las espléndidas y delicadas atenciones oficiales y al entusiasmo popular con que fué acogido Don Alfonso XIII, ha correspondido España sintiéndose más que nunca unida por lazos de amor con Portugal. Los dos pueblos han tenido ocasión de apreciarse y los Gobiernos, al cambiar impresiones, habrán reconocido, ciertamente, que no nos dividen opuestos intereses, y que, por lo tanto, podemos y debemos ayudarnos. Este será el fruto que recogerá la diplomacia de tan acertado y bien dispuesto viaje.

Después de Portugal, á ningún otro país puede ir nuestro rey sin pasar antes por Francia. Lisboa al Occidente y París al Norte, son los dos ejes principales de nuestra relación internacional.

Todo cuidado será poco para preparar el viaje á Francia, y no ciertamente porque sea preciso vencer dificultades, sino porque debe realizarse en la forma y manera que agrade más á nuestros también vecinos y hermanos los franceses. A nuestro modesto juicio, el rey debería ir á París, como lo hizo el soberano de Italia, no de paso para ninguna otra parte, sino sólo y exclusivamente para visitar á la nación vecina en la persona de su respetable primer magistrado. Ese viaje debería realizarse, á ser posible, cuanto antes; el mes de Mayo sería estación muy oportuna.

Nuestra política internacional ha estado, tiene que estar y debe estar muy unida á Francia. Esmerarnos en demostrar la simpatía y reconocimiento por favores recibidos y no olvidados, ha de ser una de nuestras principales reglas de

conducta. Al propio tiempo el Gobierno español debe aprovechar cuantas circunstancias se le presenten para hacer ver al francés la necesidad en que nos encontramos de sustituir nuestra perdida labor colonial por una acción directa, constan-



El caballo «Danubio», otro de los favoritos

te y suficientemente amplia en esa vecina África á que nos llama la historia y el desarrollo de nuestra nacionalidad. Una inteligencia sincera en punto tan capital para ambos pueblos, sería la garantía más firme que pudiera sellar la recíproca amistad.

Terminada la visita á Francia y después de regresar otra vez al reino, convendría que, sin dejar transcurrir mucho tiempo, se trasladara el rey por mar á Inglaterra. Tiene esa visita importancia muy principal para nuestro país, porque mientras sea la Gran Bretaña la reina de los mares, España, país esencialmente marítimo, necesita de su amistad y de su concurso para el logro de nuestras legítimas y patrióticas aspiraciones. Hay además otra circunstancia que aconseja el que ese viaje se efectúe cuanto antes. La venerable reina Victoria visitó en San Sebastián á la reina madre, entonces regente, y esa visita no pudo ser devuelta pese á los vivísimos deseos de S. M. y del Gobierno. La índole de una Regencia no permitía el que saliera de España la que con tanto tacto y acierto la ejercía. Por eso quedó incontestada aquella fina y agradecida atención. Pero ahora que hay medio



«Appleby», caballo favorito del rey

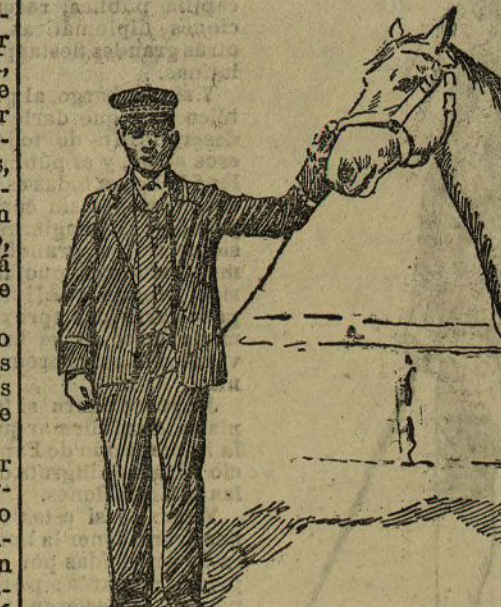
de corresponder al saludo de entonces, debe apresurarse lo posible su cumplimiento.

Portugal, Francia ó Inglaterra, son los tres puntos cardinales de nuestra política exterior, y respondiendo al valor y significación de los mismos, deben ser, por el orden enunciado, los elegidos en primer lugar para las próximas visitas de nuestro rey.

Efectuados estos viajes convendrá igualmente que el rey salude á los emperadores de Alemania y Austria, y muy oportuno sería también que tuviera ocasión de conocer al de Rusia y al rey de Italia, venciendo con habilidad las dificultades que pudieran presentarse para esta última importante entrevista.

Después, el rey debería hacer á menudo expediciones marítimas que le permitieran recorrer los países del Norte y los del Mediterráneo, entrando en relación con los respectivos soberanos y familias reinantes.

Todas esas excursiones regias, debidamente preparadas, con el cuidado que requiere cuanto afecta á la relación in-



«Rústico», caballo con el que aprendió á montar S. M. el rey

ternacional, procurarían ancho campo á la despierta inteligencia del rey, y á la vez que le servirían de instrucción y de agrado, acrecentarían el prestigio español en el extranjero y facilitarían la necesaria labor política que precisa realizar, abandonando para siempre el quietismo y aislamiento en que hemos vivido, cuyos tristes resultados se han podido, desgraciadamente, comprobar.

GENTILIS

Las caballerizas

A pesar de los muchos años que llevo en Madrid, no había visto nunca las caballerizas reales, y gracias á este número que hacemos

—Lo siento mucho, señor; pero...

—Le advierto que estamos autorizados para visitar las caballerizas. Además, la cosa no tiene nada de particular—añadió.

—Bueno, pues dígame entonces cuál es el carruaje que más utiliza S. M....

—Señor, me es imposible...

En aquel momento tuvimos la suerte de que penetráramos en la cochera del director de caballerizas y hacia él nos fuimos viendo el cielo abierto.

Le expusimos los inconvenientes con que tropicábamos para hacer nuestra información, y después de reírse mucho del injustificado miedo de los mozos, nos dió todo género de detalles.

La cochera del servicio diario se compone de 150 carruajes: doce docenas y media de coches flamantes, y á cual mejor para una familia.

Confieso que no me imaginé nunca tal cifra de vehículos.

Hay 18 landaus, seis milores, tres breakes, cuatro sillas de posta (que, como es natural, ya no se utilizan), 16 berlinas, dos breakes Pitter, que guía el rey con frecuencia, y otros carruajes de distintas clases, admirables, reducidos, dignos del monarca.

Tranquilizado ya uno de los mozos por el director, pasamos á la cochera de gala, donde están las carrozas.

A estas fechas cantar la hermosura y el mérito de tales carrozas sería una vulgaridad ridícula, porque están suficientemente vistas y olgadas.

Lo que sí diré es que me gustan más en la calle que en la cochera. Como á las mujeres



George Legros
Profesor de francés de S. M. el rey

guapas, las favoritas del aire libre. Allí parecen prisioneras. Encerrada cada una en departamento de lona, teniendo alrededor muros grandes vestidos con los típicos trajes de la guardia amarilla, palafreneros actuales, etc., etc., forman un conjunto extraño. Parece aquello un pabellón de figuras de cera. El marcos es pobre y el estuche no hace resaltar las joyas.

El portero y los mozos que nos acompañaban, en vista de las órdenes del director, manifestáronse más expansivos. Se explicaron á nuestro gusto.

Hablando después con unos y con otros, supimos algo de carácter íntimo, que reproducimos á título de curiosidad.

Encargados de la cochera grande y de la de gala hay diez hombres, que ganan dos pesetas 50 céntimos de jornal.

Los coches principales que admira el público en recepciones y aperturas de las Cámaras, son los siguientes:

Coche de corona real

Fué construido en Madrid en el año 1893 por D. Julián González, reinando Fernando VII. Es de doble suspensión y su interior está guarnecido de terciopelo carmesí.

Coche de caoba

Construido también en Madrid en el año 1893 por los maestros de coches D. Francisco Rodríguez y D. Fernando Durán en el taller llamado del Rey, situado entonces en Lavapiés, casa núm. 1, siendo todo él construido con materiales españoles. Es de doble sus-



Mr. Bruns
Profesor de alemán de S. M. el rey

pensión y su interior guarnecido de terciopelo blanco con adornos de sedas de colores.

Coche de corona ducal

Es de doble suspensión, y su interior está guarnecido de seda blanca brochada, franjeada en encarnado, azul y blanco.

Coche de concha

Como el anterior; interiormente está guarnecido de terciopelo carmesí con franjas de seda blanca y una greca carmesí.

Coche de cifras

Es también de doble suspensión y su interior guarnecido de seda blanca brochada con adornos de varios colores.

Estos tres carruajes son de estilo Imperio y fueron construidos en París al final del siglo XVII por el maestro M. Gantier.

Coche de tableros dorados

Fué construido en Méjico á fines del siglo XVII, y regalado al rey Carlos IV por su virrey en dicho país marqués de Branchiforte, sargento mayor de Reales guardias de Corps y capitán general de ejército.

Coche de amaranfo

Está guarnecido de terciopelo blanco. Se construyó en Madrid durante el reinado de Fernando VII, por el maestro D. Fernando Durán.

Coche carroza

Su construcción es del siglo XVII al XVIII; es de ébano con tallados de gran mérito. Su interior está guarnecido de terciopelo negro con adornos de seda negra. Fué restaurado en el reinado de Don Alfonso XII por don Juan Antonio Martí y D. Tomás Llamara. Este es el coche que el público llama de Doña Juana la Loca erróneamente.

Landó de bronce

Es de doble suspensión, y está guarnecido de tela de seda grana. Construido en Madrid

en Diciembre de 1839 por el maestro Garroñes, se emplea en las grandes solemnidades para los reyes de armas.

Entre las muchas monturas existentes en esta guardería hay varias extranjeras, entre ellas una silla de la Guardia del rey de Inglaterra; otra de coronel alemán del regimiento de infantería núm. 66 de Magdeburgo



Sr. Conde del Grove
Ayudante de S. M. el rey.

y otra de oficial del regimiento de Guías del ejército belga.

Entre las numerosas guarniciones hay tiro para seis y ocho caballos, pudiendo mencionarse entre estos últimos uno de cabrilla negra y dos de tafilete encarnado con hollita entera y grandes escudos cincelados; otro de charol negro adornado con profusión de clavitos dorados, y otros varios de cuero y charol.

Entre el ganado existen magníficos ejemplares, pudiendo citarse entre éstos el caballo Appleby, de pura sangre inglesa, alazán, lucero corrido, hijo del Salign y de la yegua Agrieta, de 1,65 metros de alzada y nacido en la real yeguada de Aranjuez el 21 de Marzo de 1893; el nombrado Peter, alazán dorado, de raza; Fenney, de ocho años de edad y de 1,63 metros de alzada. Fué comprado á mister Paul Larvegain, de San Sebastián, en Septiembre del año anterior.

Vimos, por último, el pabellón destinado á caballerizas. Es magnífico, no despiende apenas mal olor, y los pesabros de los caballos preferidos son preciosos. Hay clases, como en la vida, entre los regios pupilos.

Los favoritos del rey son ejemplares verdaderamente perfectos, y los citaremos á la ligera:

Peter, normando, saltador. Salta un metro 95 centímetros, y lo compró el rey en San



El conde de Aybar
Ayudante de S. M. el rey.

Sebastián el anterior verano. Danubio, anglo-normando, negro. Este caballo es el que ha preferido S. M. hasta hace poco tiempo; pero está algo delicado y sale muy contados días.

Appleby, inglés de pura raza, alazán. Es preciosísimo, y el rey le quiere tanto que es raro que monte otro.

Chiquito, inglés. Regalo de la reina á su augusto hijo. Muy bueno.

Parsifal, normando, de gran aspecto.

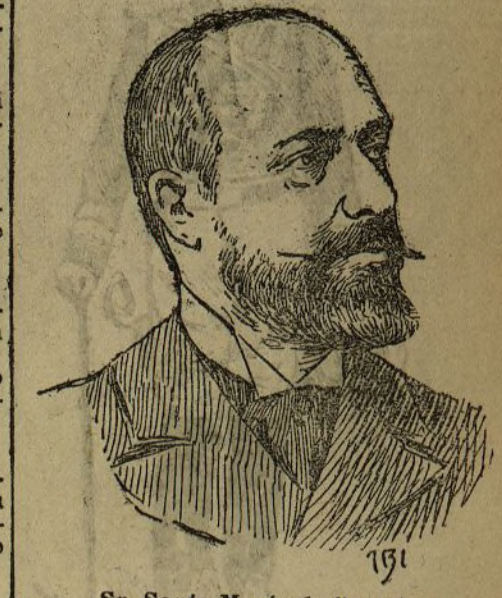
Argentina, un magnífico ejemplar regalo del presidente de la República argentina.

Y Rustico, caballo blanco, que, comparado con los anteriores, resulta feo, pero muy noble y en el cual aprendió á montar Don Alfonso XIII.

Hay allí cien cabezas entre caballos y mulas. Sesenta de tiro y cuarenta de silla.

El guarnecer es lo mejor que hay allí, y es imposible dar idea en tres cuartillas del valor, de la artística belleza que resplandece en aquellas amplias salas llenas de ricas guarniciones, sillas de montar, uniformes de jockeys, atalajes para las grandes galas, cabos de seda y oro para adornar las carrozas, y otros muchos objetos de un mérito tan extraordinario que, en conjunto, todo constituye una inculcable riqueza.

El local destinado á guardar todas esas joyas está en obra actualmente, y las guarniciones se encuentran amontonadas, hacina-



Sr. Santa María de Paredes
Profesor de rey.

das en salas pequeñas, donde, claro es, no podemos observarlas detenidamente.

Por esta razón no resulta imposible describir, como sería de mi gusto, ese verdadero museo; pero aun observándolo á la ligera y en montón, quedé asombrado ante tanta maravilla.

Allí hay de todo, desde la silla á la Royal hasta el sillín de carreras, albardillas jerezanas, estribos de todos los sistemas, mil clases de espuelas, arreos trenzados, sillas militares, entre las cuales hay dos marroquines regalo de Muley-Hassan, bocados de doma, sudadores bordados, preciosas fustas y trenzas de baticola, á cual mejor.

Para admirar tanta cosa bella serían necesarios dos ó tres días seguramente, pues si el golpe de vista que presentamos es magnífico, el detalle es encantador, y vale la pena de contemplarlo sin prisa.

Eso sin tener en cuenta que cuando todo esté colocado en su correspondiente sitio lucirá más, y el efecto será mayor.

Y salimos de caballerizas pensando lo que los vanidosos amantes de la ostentación, ante los escaparates de joyas llenos de sortijas, y ante los cueros de los unicornios—una mena no se notaría, y qué bien estaría en el dedo!

—Un cohecho menos que importaría aquí, y qué bien nos vendría...

ESCOLTA REAL

¿Qué madreleño, ó de los que por la villa del oso y del madroño han pasado, no conoce el escuadrón de la Escolta?

Los sábados, marchando cerca del coche de la real familia cuando va á la Salve, y en todas aquellas solemnidades á que la Corte asiste, constituye una nota pintoresca y variada el desfile detrás de la carroza regia de los individuos del escuadrón, correctamente formados, con sus bruniadas corazas y relucientes cascos, en que la luz se quiebra con irisados tonos, mientras el aire agita las blancas plumas de sus penachos.

La gallardía de sus individuos, escogidos entre los mejores mozos de los regimientos del Arma, abre profunda brecha en los fríos corazones de nuestras marionetas. El pipiolo, los científicos ingenieros y artilleros, y hasta el gallardo húsar, no pueden competir con él en los torneos amorosos de la plaza de Oriente, de las Ventas y Cuatro Caminos.

Fué creado este escuadrón por Real decreto de 19 de Abril de 1875, empezando á prestar su peculiar servicio en Julio del mismo año, siendo su primer coronel el excelentísimo Sr. D. Pedro Girón y Aragón, duque de Ahumada.



El coronel Niculant

Marqués de Sotomayor y jefe de la Escolta Real.

Puede considerarse esta fuerza, por el servicio que presta, como sucesora de los famosos guardias de Corps, creados en España en 1704, que posteriormente se sustituyeron por el cuerpo de Guardias de la Real persona y escuadrón de Guardias de la Reina, suprimido en 1854.

Su misión única es acompañar á las personas reales, y en cumplimiento de ella estuvo en la campaña carlista con S. M. el rey Don Alfonso XII y de operaciones en las provincias Vascongadas y Navarra hasta la terminación de la guerra.

Más tarde, en 1878, concurrió á las órdenes del malogrado monarca á las maniobras que se efectuaron en Vitoria y Burgos.

Al inaugurarse diez años después la Exposición Universal de Barcelona, marchó á esta población, escoltando entonces á la reina regente Doña María Cristina, y todos los años se traslada parte de la fuerza durante la jornada regia á San Sebastián para dar el servicio que aquí presta.

Su organización militar, su régimen interior y cuantos actos se efectúan tanto en el cuartel como en toda formación, se ajustan á las disposiciones que rigen para los demás escuadrones del arma de Caballería, de donde proceden los oficiales é individuos, y al cual pueden volver aquéllos por voluntad propia ó por conveniencias del servicio.

Constituye el efectivo del escuadrón un coronel, un teniente coronel, dos comandantes, tres capitanes, siete primeros tenientes, un médico mayor, un veterinario segundo, un segundo profesor de Equitación, y 150 hombres con 128 caballos.

Manda en la actualidad estas fuerzas el coronel D. Juan Niculant y Villanueva, marqués de Sotomayor, de reputación brillantísima en el Arma.

CUERPO DE ALABARDEROS

Ha existido siempre cerca de la persona que representa el poder supremo de la nación una fuerza encargada de velar por su seguridad á la par que para rodearle del prestigio exterior innato y necesario en toda autoridad.

Puede considerarse en España organizado á partir de los *Spahis* ó guardia del príncipe, que fueron sustituidos en las Monarquías hispano-gotas por los escuderos á caballo, con la misión de defender al monarca,

servir á todas horas cerca del monarca, de la cual fueron capitanes natos los descendientes del altivo condestable, y que fué disuelta en 1618.

Los Reyes Católicos organizaron también un cuerpo de 1.000 caballos con idéntico fin, y cuyos mozos después de la rendición de Granada un conato de regimiento en la persona de Don Fernando hizo fuese disuelta.

Origen del Cuerpo

Puede decirse arranca la historia del Real Cuerpo en la Guardia amarilla ó española, creada por dicho monarca en 1504, y á la que andando el tiempo se denominó de Alabarderos.

Organizada en un principio con un capitán, un alférez, dos compañeros de bandera, varios cubos de escuadra y 50 guardias, pronto se elevó á 100 el número de éstos y luego á tres compañías, con armamento de pica, alabarda, espada y puñal y salario de tres ducados mensuales los guardias.

Tuvo por primer capitán al famoso cronista Gonzalo de Ayora, diestro en las armas, perfecto soldado, hidalgo, docto y buen orador; al decir de los historiadores, quien habiendo servido á varios príncipes italianos vino á España, introduciendo el uso táctico del paso simultáneo de la tropa al compás regular.

Visitó calzas acuchilladas de terciopelo escaquado, ó sea con cuadretes de colores alternados, cual tablero de ajedrez, jubón amarillo, capa, colete, sombrero valón con tres plumas y medias de seda; de aquel color, concediéndosele el privilegio de formar como lugar preferente á la cabeza ó costado derecho en toda reunión de tropas.

En 1705, reinando Felipe V, se reunieron en una sola compañía las tres de Alabarderos, llamadas amarilla, de la lancilla y vieja, y se les dio nuevos privilegios, exigiendo estatura y prohibiendo el que se ocuparan en oficio alguno.

Se les data cada dos años una librea nueva, y en tiempo de Carlos III se ordenó que las plazas se reservaran para los sargentos del ejército que habiendo servido á los menos quince años, fuesen de irreprochable conducta.

Fué suprimido el Cuerpo durante el reinado de Don Amadeo de Saboya, organizándose tal cual hoy subsiste desde el advenimiento al Trono de Don Alfonso XII.

Organización actual

Es coronel del Cuerpo S. M. el rey, estando constituido por dos compañías, con un comandante general, que lo es en la actualidad el teniente general D. Juan Pacheco, el de brigada Sr. Capdepón, como segundo comandante, y cuatro capitanes con categoría de coroneles de ejército, de los cuales dos mandan las compañías, uno es secretario y el otro ayudante.

Cada compañía la constituyen dos primeros tenientes y dos segundos, respectivamente tenientes coroneles y comandantes de ejército; un sargento primero, cuatro segundos y ocho cabos, que se denominan oficiales menores con el empleo de capitán, primer teniente y segundo en el ejército, y 100 guardias.

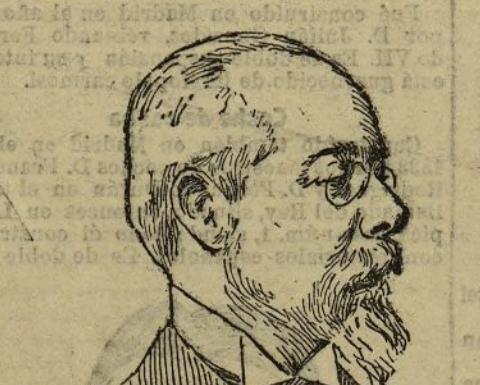
Además de los pifanos y tambores, forman parte del Cuerpo una música, compuesta de 40 profesores y un músico mayor.

De ésta poco podemos decir que no sea conocida de nuestros lectores. La mayoría de sus individuos forman parte de la magnífica orquesta del teatro Real, y en conjunto constituyen seguramente la primera de España.

Servicio

El servicio que prestan, á más de la guardia llamada de prevención para la seguridad de su cuartel, situado en el vetusto edificio de la calle de San Nicolás, es únicamente en el interior de las habitaciones de Palacio.

Dada en él la guardia en tiempo normal un oficial mayor como jefe—que goza del privile-



D. Fernando Bríeva y Salvatierra

Profesor de Historia de S. M. el rey.

gio de comer con S. M.—tres oficiales menores y 23 individuos, que destacan seis centinelas permanentes en diversos puntos de las habitaciones de Palacio, cuatro individuos para las particulares del rey, y un zaguanete que acompaña constantemente á las personas reales cuando circulan por el interior de Palacio.

El armamento lo constituye la clásica alabarda y espada, que cambian después de la cena de los reyes por un fusil Mäuser con sus correspondientes accesorios de cuchillo, bayoneta y cartuchera.

Ingreso en el Cuerpo

Para ingresar como guardia es necesario tener veinticinco años, llevar cinco de servicio en el ejército y uno, por lo menos, de sargento, 1,750 de estatura, ningún defecto físico y una intachable hoja de servicios.

Gozan de 90 pesetas mensuales de sueldo y pluses de 10, 30 y 40 pesetas á los seis, doce y diez y siete años de servicio en el Cuerpo, retirándose á los cincuenta y un años con el que les corresponda por el tiempo que en el Cuerpo lleven.

Cómo viven

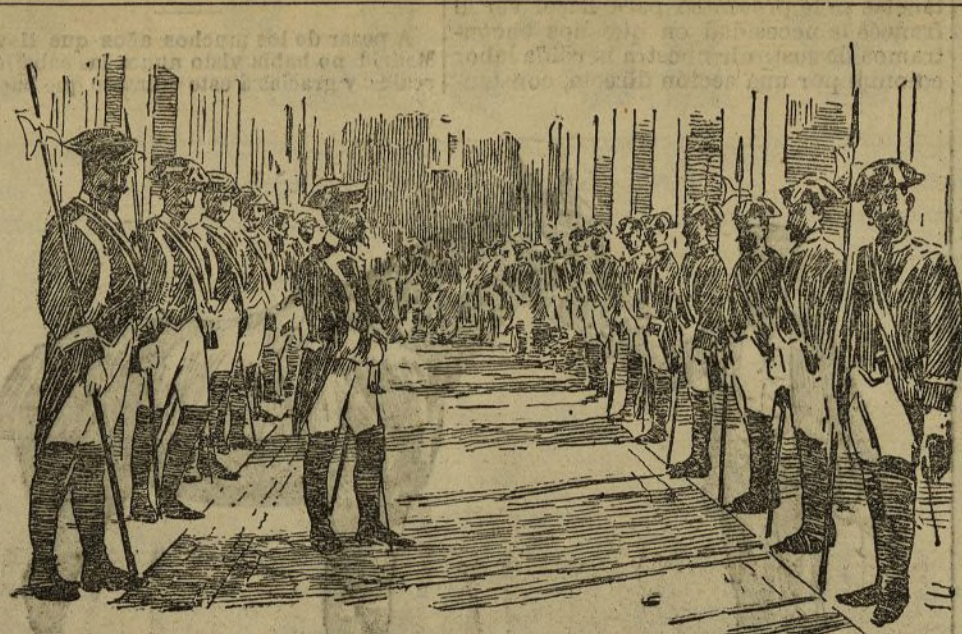
Los solteros acuartelados, y con régimen interior análogo al de los demás Cuerpos de la guarnición, comiendo fuera del cuartel, donde les place. Los dormitorios de las compañías están constituidos por dos grandes salas, en cuyo centro, y á todo su largo, hay pequeños cuartos semejantes á celdas que constituyen cada uno la habitación de un individuo.

En ellos existen los muebles indispensables, siendo ellos los encargados de su limpieza y cuidado, y un número de criados por compañía del resto del local y menores menesteres.

Los casados se alojan en los pabellones independientes del edificio de la calle de San Nicolás y cuartel llamado de la Regalada en el ministerio de Marina; pero como no hay suficientes para todos, se lleva un riguroso turno de antigüedad en su adjudicación, abonándose 30 pesetas mensuales á los que no pueden disfrutar de ellos.

Uniforme

Es bien conocido para que tratemos de describirlo; sólo diremos, para completar esta formación, que el Estado abona 10 pesetas mensuales por individuo, con el que se constituye un fondo general del cual se sufragará por completo el uniforme, excepción hecha de los zapatos.



Zaguanete de alabarderos en una galería de Palacio

Puede decirse que forma parte de él la clásica perilla, distintivo de todo alabardero, y que sirve en unión de la estatura, para que ni aun de paisano puedan pasar desapercibidos.

La estatura ya hemos dicho que está reglamentada; pero el uso del citado aditamento no es obligatorio, aunque por práctica tradicional véngase usando desde la época del chambrero, gola y espada de gaviilanes en cinco.

Un hecho

De largo abolengo es la vida del Cuerpo; pero la índole del servicio que presta hace no pueda tener en su historia colectiva muchos gloriosos hechos.

Viene uno y es bastante, pues los individuos que en él tomaron parte llegaron hasta el heroísmo en el cumplimiento de su deber.

Relativamente reciente, harto conocido y descrito, como yo no sabría hacerlo, está lo ocurrido en la noche del 7 de Octubre de 1841, en que 12 alabarderos, al mando de su bizarro oficial D. Domingo Dulce, y únicos que montaban la guardia interior del real Palacio, salvaron á S. M. la reina doña Isabel II, luchando heroicamente contra dos batallones de la Princesa, capitaneados por el general León—que después fué fusilado—y por otros generales que pudieron huir.

En la escalera principal de Palacio, sitio donde se sostuvo la heroica defensa, destiñó el cuadro del capitán de la guardia civil é ilustrado pintor Morelli, el que, con enérgicos tonos, brillante colorido y exquisita factura, está representado el momento culminante del asalto.

El rey y los alabarderos

El joven monarca ha mostrado siempre gran predilección por los alabarderos. Puede asegurarse que la guardia civil que corresponde á viejos camaradas de Don Alfonso ha visto desde niño siempre á su lado á esos soldados de marcial aspecto, tiesos, de grandes bigotes, y que recuerdan las figuras de los llenos de Rubens ó Van-Dik, y los marciales soldados que compartieron con Farnesio las fatigas de la campaña de los Países Bajos.

Viendo S. M. muy pocos años se extasiaba ante su gallarda postura. La custodia infantil hizo en cierta ocasión—según hemos oído referir á ellos mismos—que al pasar acompañado de sus nodrizas, aya y demás personal marcado en la etiqueta palaciega, por el cuerpo de guardia instalado en las habitaciones, tratase de entrar en él. Las nodrizas se oponían; pero un bizarro general que formaba parte del séquito, separándolas, dijo:

—Deje usted, señora, á S. M. entre donde están sus alabarderos. Son sus fieles defensores hoy y derramarán su sangre el día de mañana por él si, desgraciadamente, fuese necesario.

No es extraño, pues, que estos bravos soldados lo adorasen siempre y le fuesen fieles para ellos, le han visto nacer y dar sus primeros pasos presenciando sus infantiles juegos y siguiéndolo constantemente con su mesurado y grave continente, que en algunas ocasiones han tenido que perder para salir corriendo detrás de su augusta persona, que contra toda etiqueta palaciega, se sentía poseído de la infantil vivacidad ingenua en toda circunstancia, y que constituía la más adorable cualidad de la infancia.

LOS PERIODISTAS EN PALACIO

¿Qué ingrata es la información de Palacio! Si, carísimos lectores: aun cuando ustedes no quieran creerlo, yo les aseguro bajo mi palabra de hombre honrado y si es preciso bajo la de periodista, que la información que damos los periodistas en el regío Alcázar es la más amarga que se conoce.

Habría alguien que se resistiera á creerlo, porque dirá, y con razón, que en Palacio, morada de los reyes, no es posible que existan inconvenientes, sino se darán todo género de facilidades para que los periodistas puedan cumplir sus compromisos con el público.

Pues el que tal cosa crea está en un error.

El Palacio real es el centro oficial en Madrid donde los pobres chicos de la Prensa sufren más y pasan más fatigas, porque en la mayoría de los casos tropiezan con grandes y convenientes obstáculos casi insuperables para llenar su cometido.

En todos los centros oficiales, desde la Presidencia del Consejo de ministros hasta la última oficina de cualquier Delegación de vigilancia, el periodista se lo atiende, se le escucha, se le quiere y hasta se le mira; pero en Palacio, el humilde reporter es algo así como una cosa extraña, que mira con prevención y con recelo desde el celador que enfundado en su galonada de capote se pasea con aires de gran señor por los patios de las galeras de entrada, hasta los pifanos de la banda, jefes de cuarto que prestan servicio al pie de las escaleras principales, en la Furiela y cámara, antecámara y Sabela.

No exagero lo noto; no, señor. Hablo así porque me considero un verdadero mártir del periodismo, apenas traspaso los límites del regío Alcázar.

Y como á mí, á la mayoría de los *reporters* de los demás periódicos madrileños.

Prueba al canto.

Nadie puede formarse una idea de los sinsabores y amarguras que produce la averiguación de la simple noticia de donde está un

tado el rey, la reina ó los príncipes de paseo. Debería ser muy sencillo; pero representa para el *reporter* un trabajo impo, un sinnúmero de pasos, de saludos y hasta de genuflexiones.

El periodista acude primero á mayordomía. Interroga con amabilidad y cariño al personal allí empleado. Este contesta que no lo sabe, porque de allí no se mueve durante el día.

Pero, hombre, ¿entonces quién puede enterarse á qué hora salió el rey de paseo, adónde ha ido y quién le ha acompañado? replica uno en tono humilde, por supuesto, porque ¡ay! del que formule en aquel redito preguntas en tono altanero.

—Pues mire usted, eso se lo podrán decir los celadores de la puerta principal, que son los únicos empleados que ven salir á los señores.

Y ya tienen ustedes á los *reporters* aborridos á los celadores, que les reciben recelosos y mirándolos de soslayo.

Para vencer sus escrúpulos comienza uno con un saludo muy cortés y muy fino; luego se les pregunta por la familia; se les habla un rato acerca del buen ó mal tiempo, y después de mil rodeos, para no incurrir en sus reales enojos, formulamos la sacramental pregunta: ¿Adónde han ido los reyes de paseo? á la que contestan muy frescos y muy orondos: —No lo sabemos!

—Bueno, pues entonces se lo preguntaremos á las estatuas de Recaredo y Chindasvinto, si les parece.

A esta irónica observación añaden ellos en tono solemne y misterioso:

—Pues miren ustedes, tenemos orden terminante de no decir nada á los periodistas.

¡Tableau!

Otras veces, las menos (y no todos los celadores, porque los hay naturales de su pueblo), adoptando una actitud de soberana protección, satisfacen la curiosidad *reporteril*.

En honor á la verdad hay que consignar que estos inconvenientes y dificultades, no sólo existen en los celadores, porteros, ordenanzas y hueros, sino también en los oficiales empleados en la inspección y otras oficinas.

Sin ir más lejos, no hace muchos días el que esto escribe tenía interés en averiguar el número exacto de piezas cobradas en la última cacería verificada por Don Alfonso y los príncipes de Baviera en los montes de Riofrio, así como el reparto que se había hecho de dichas piezas á los establecimientos benéficos por la inspección de los reales palacios. Después de estar en peregrinación durante una hora justa entre las oficinas de la inspección y mayordomía mayor, no le fué posible averiguarlo.

Primero fui á la inspección. Allí estuve veinte minutos justos y hablé espasmo, porque el oficial de guardia no podía recordarme, pretextando hallarse en aquel momento histórico despatchando con el señor inspector, según hubo de manifestarme uno de los porteros. Pero yo, que á toda costa me había propuesto saber la distribución que se había dado á las piezas cobradas en la cacería regia, me decidí á esperar con toda tranquilidad.

Por fin el portero, aplazado, por lo visto, de mi beatífica paciencia, se dignó anunciarme al referido oficial, exponiéndome mi propósito. Este señor que, por lo visto, en aquel momento no estaba de humor de recibir la inoportuna visita de un periodista, me hizo saber, por conducto del portero, que en aquella dependencia no se sabía absolutamente nada de lo que yo pretendía averiguar; que en la mayordomía era donde me podrían dar razón. Sin replicar y resignado fui adonde se me enviaba; pero en la mayordomía me aseguraron que el asunto de que se trataba era de la exclusiva incumbencia de la inspección. Volví de nuevo á la inspección y de nuevo los porteros me mandaron á mayordomía, y entre esta dependencia y la inspección, y la inspección y la mayordomía, me pasó, sin exageración, una hora, al cabo de la cual saqué lo que el negro de mayordomía me aseguró que me iba a dar.

Y, como que ustedes pueden suponer, y eso que se trataba de un acto benéfico de S. M., que los empleados de la real casa debieran ser los primeros interesados en que adquiriese la mayor publicidad.

Calcúlese lo que sufrirá el pobre *reporter* cuando la información versa sobre otros extremos. Entonces, todos absolutamente todos los empleados palatinos, son ciegos, sordos y mudos.

Lo propio ocurre los días en que se celebra capilla pública, recepciones diplomáticas u otras grandes fiestas palatinas.

Y sin embargo, al público hay que darle la descripción de todos esos actos, y el público lee la ligera todas esas descripciones sin comprender ni imaginarse siquiera los grandísimos esfuerzos que ha sido preciso realizar para darle idea aproximada de cómo se han verificado esas ceremonias.

Juzguese ahora si tenía razón al afirmar que la información de Palacio es la más ingrata de las informaciones.

Yo no sé si estas líneas van á tener la honra de ser leídas por el joven monarca; pero por si merecieran tal honor, yo, el más modesto é insignificante de los *reporters*, me atrevo á rogar respetuosamente á S. M., y como merced especial en el día de su santo, que ordene la habilitación en Palacio de un local á propósito y en condiciones para que en él se reúnan representantes de la Prensa, con el expreso mandato de que se lean faciliadas todas las noticias publicables relacionadas con el regío Alcázar y las augustas personas que lo habitan.

De este asunto osarán de una vez para los

periodistas encargados de hacer la información diaria de la real casa el viacrucis y las amarguras y sinsabores que ha tiempo vienen sufriendo resignados y sin exhalar una queja.

MANUEL CASAL

DONATIVOS ACORDADOS POR EL REY para solemnizar el día de su santo

| | Pesetas. |
|---|----------|
| Obispo de Madrid-Alcalá..... | 500 |
| Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús..... | 2.000 |
| Escuelas dominicales..... | 1.000 |
| Real Asociación de Beneficencia domini- ciaria..... | 10.000 |
| Asociación de señoras católicas..... | 1.000 |
| Conferencia de San Vicente de Paúl (hombres)..... | 1.000 |
| Idem ídem de mujeres..... | 1.000 |
| Asociación del Patronio de María..... | 250 |
| Asilo de Nuestra Señora de la Asun- ción..... | 250 |
| Asilo de Niñas del Sagrado Corazón de Jesús..... | 250 |
| Asilo de la Graciosa..... | 125 |
| La Cuna de Jesús..... | 250 |
| Asilo de Mendicidad de Santa Cris- tina..... | 250 |
| Asilo de la Santísima Trinidad..... | 250 |
| Hermanidad de la Esperanza (vulgo del Pecho Mortal)..... | 125 |
| Convento de Nuestra Señora del Ro- sario..... | 250 |
| Asilo de la Beata María Ana de Je- sús..... | 250 |
| Sociedad Protectora de los Niños..... | 250 |
| Junta provincial de la Asociación de católicos..... | 1.000 |
| Instituto quirúrgico de Terapéutica operatoria..... | 1.000 |
| Asilo de Cigarreras..... | 500 |
| Hermanas de la Caridad del Sagra- do Corazón de Jesús..... | 250 |
| Centro Instructivo y Protector de Ciegos..... | 500 |
| Presidente de la Asociación benéfica de empleados municipales..... | 250 |
| Instituto Oftálmico..... | 250 |
| Asilo de Huérfanos de Santa Cruz..... | 500 |
| Religiosas agustinas magdalenas del convento del beato Orozco..... | 250 |
| Hermanas de la Esperanza..... | 500 |
| Real Policlínica de Socorro..... | 250 |
| Obras del Santísimo Redentor..... | 250 |
| Escuelas gratuitas establecidas por los padres Salesianos..... | 250 |
| Talleres de Caridad de Santa Rita..... | 250 |
| Total..... | 25.000 |

LECTURAS PARA LA MUJER

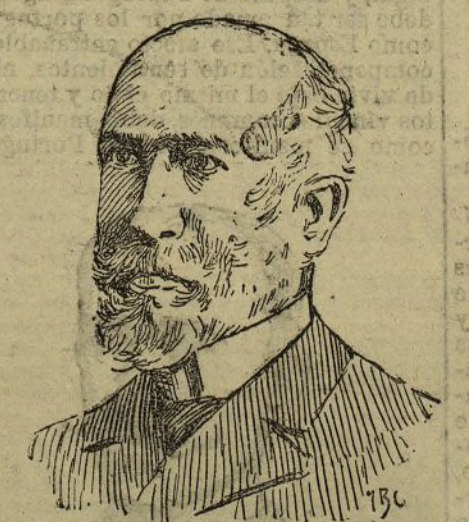
LAS DAMAS DE LA FAMILIA REAL

España es uno de los pueblos que puede enorgullecerse de presentar en su historia mayor número de reinas esclarecidas y virtuosas, como Doña María de Molina, Doña Berenguela, Isabel I y la reina madre de Don Alfonso XIII.

La influencia de Doña María Cristina sobre España es más antigua y beneficiosa de lo que generalmente se supone. Amiga predilecta de Don Alfonso XII cuando el joven príncipe destronado era un simple alumno del *The-
reumum* (colegio de nobles), de Viena, ella misma compenetrada en los sports y juegos de la billar, aprendían la bicicleta y se lanzaban al *lawn-tennis* y al *croquet*.

La joven archiduquesa se interesaba por aquel niño sin familia que lo hacía las confidencias íntimas y le contaba sus proyectos de pretendiente, y ella, con un juicio superior á su años y con un delicado espíritu de mujer, infundió sobre su ánimo y forma su carácter.

Después de su viudez, cuando la razón de Estado le exige un nuevo matrimonio, Alfonso XII piensa sólo en su encantadora amiga para cumplir el trono de España.



D. Francisco de Paula Arrillaga

Profesor de Ciencias exactas de S. M. el rey.

Rabia, delicada, de costumbres y gustos sencillos y de carácter dulce, Doña María Cristina reunía la belleza, la bondad de corazón y la fuerza de una voluntad enérgica.

La primera entrevista de Don Alfonso y de Doña Cristina en Aracón el 23 de Agosto de 1879, demostró el talento de la archiduquesa.

La primera que atrajo la mirada del rey fué el retrato de la reina Mercedes, colocada en sitio preferente; María Cristina le tendió dulcemente la mano y le dijo con voz conmovida:

—Mi mayor deseo será recordarla siempre; yo la voy á suceder, pero no oso esperar reemplazarla nunca.

El rey no pudo responder, y gruesas lágrimas cayeron sobre las manos de la sublime consoladora.

La archiduquesa Isabel y su hija llegaron á Madrid el 23 de Noviembre, hospedándose en el palacio de El Pardo, de donde salió Doña María Cristina para vestir en el ministerio de Marina el rico velo nupcial de encaje de Alencon, en el que se mezclaban las águilas de Austria con la flor de lis de los Borbones.

La elegancia y distinción de la noble casa de Austria le ganaron desde la primera mirada la simpatía del pueblo.

La dicha de la reina fué breve; la muerte de Don Alfonso la sumió en la amargura y la desesperación; sólo en la energía fuerza de su carácter, en su sentimiento del deber, encontró fuerzas para resistir el dolor.

En el primer Consejo que presidió causó el asombro de los ministros con la seriedad de su juicio.

—María Cristina es el primero de nuestros hombres de Estado—exclamaron al salir, y desde entonces no ha desmerecido ni un momento de esta opinión.

Sus dotes como reina y gobernante son bien conocidas; pero no menos admirados son sus hermosos rasgos de mujer y de madre.

Citada como modelo por la educación de sus hijos, religiosa sin afectación, instruida como pocas mujeres, su corazón está siempre dispuesto á realizar todas las obras de caridad con una sencillez y una cortesía tan perfecta que las hace doblemente preciosas.

La reina madre, admirada y respetada por todos, es la figura más hermosa de la corte de España.

Don Alfonso XIII venera á su madre, y esta anecdota de su infancia nos lo prueba: cuando él niño se negaba un día á tomar el

baño; cuantos esfuerzos se hacían eran inútiles y él niño prefirió llorar á su madre.

A pesar de eso, el niño no consentía.

—Bien—dijo la reina—me retiró á mi habitación para llorar, porque no me obedecéis.

Entonces el rey se prestó dócilmente á tomar el baño para evitar que corriera las lágrimas de su madre.

La princesa de Asturias, Doña María de las Mercedes, nació el 11 de Septiembre de 1880, y la infanta Doña María Teresa el 12 de Noviembre de 1882.

Las jóvenes princesas fueron severamente educadas por su madre, y pocas veces se las vio aparecer en las fiestas ni espectáculos públicos.

Sencillos y encantadoras, Doña Mercedes realizó un matrimonio feliz con su primo Don Carlos de Borbón, y es una esposa ejemplar y madre tierna, que profiere los gozos del hogar y el cuidado de sus preciosos pequeños á los esplendores de la Corte.

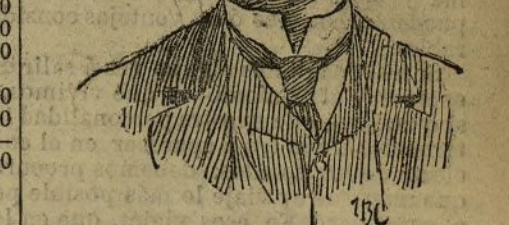
Doña María Teresa es la compañera inseparable de su madre y digna heredera de sus virtudes y talento.

Muy española, muy madrileña, y muy artista es la infanta doña Isabel. Tia del rey y viuda del conde de Girgenti, es una princesa muy popular y amada.

Excelente música, espiritual é ilustrada, es tan caritativa, que su bolsa, como la de su madre Doña Isabel II, está siempre abierta para los desgraciados.

El pueblo las evoca continuamente en los paseos, en los teatros y en las corridas de toros, donde comparte sus magníficos hoteles de la calle de Quintana y los veranos en el real sitio de La Granja, haciendo frecuentes excursiones á caballo, guiando su coche y dedicándose con ardor á las delicias de la caza.

Su hermana la infanta doña María de la



D. Antonio de Pineda y Ceballos

EL PLEITO DEL DIVORCIO

Señora Colombina:

Debo empezar por confesarle que, a pesar de ser casado, o tal vez por ello mismo, no he logrado nunca interesarme la cuestión del divorcio ni he llegado a formarme opinión propia sobre ella. Lo último que acerca de esa cuestión he leído—que nunca ha sido mucho—fue la discusión habida en el Parlamento de la República Argentina, y me interesó mucho más que el fondo mismo de la cuestión, la elevación de tono que allí se notó y que da una excelente idea de aquel Parlamento.

Me pasa con eso del divorcio lo mismo que con las novelas de adulterio: muy rara vez logran interesarme. Todo lo referente a las relaciones entre uno y otro sexo lo he visto siempre como subordinado a problemas de otra índole. De aquí que el feminismo me llame muy poco la atención, considerando que algunas de las cuestiones que plantea lo son de organización y reglamentación del trabajo y otras de cultura general. La mayor parte de los malos de que las mujeres se quejan son males de que padecemos también los hombres.

Por lo que hace más especialmente al divorcio, nunca he podido ver la familia como una mera unión de marido y mujer, sino que aparte, y aun además de los hijos, creo que lleva relación con la sociedad en general, que es una institución social y no un mero contrato entre los cónyuges.

Y pudiera ser que el divorcio trajese mayores males a la vida social que no esa superior de los que se casan a algo superior a ellos y a la familia que forman.

Creo, además, que el divorcio es un arma contra la mujer.

Comprendo muy bien que se combatiera el matrimonio en cuanto sacramento religioso o contrato legalizado civilmente, y se propague la libre unión de hombre y mujer; pero me explico mal que se trate de desnaturalizarlo. «O herir, o quitar el banco».

Como verá, mis opiniones a este respecto son de las más tímidas, de las más atrevidas, de las más aburridas y de las menos innovadoras que cabe. Lo reconozco; pero no he conseguido hacerme otras.

Queda suyo afectísimo,

MIGUEL DE UNAMUNO.

A CONFESIÓN DE PARTE...

Habiendo declarado el diario norteamericano *The Milwaukee Germania* que ya se puede afirmar, por saberse de un modo cierto, que la explosión del Maine no se debió en modo alguno a un crimen, sino a lamentable negligencia, circunstancia que se oculta cuidadosamente en aquel departamento de Marina, *The Gazette de Dubuque*, periódico del Estado de Iowa, escribe en uno de sus números recibidos por el último correo:

«Hay que recoger esta confesión. Antes de la guerra cubana, durante la guerra y después de ella, hemos sostenido que era injusta y que los Estados Unidos aparecerán siempre ante la historia como instigadores de una injusticia. No obstante que periódicos tan republicanos y sensatos como *The Milwaukee Germania*, convengan en que teníamos razón.

La guerra con España ha sido un oprobio para nosotros. Esto opinaron y opinan los hombres honrados e imparciales; las consecuencias de aquella guerra han sido deplorables para nuestro país. No podríamos contar jamás todas las infamias, todas las torpezas que ella engendró.

La mayor parte de nuestros generales, de nuestros héroes, tales como los Dewey, los Sampson y otros muchos, se han puesto en ridículo multitud de veces por sus torpezadas, por su falta de seriedad, por su manía de meterse en el corazón de las masas bullangueras.

Nuestra política colonial en Filipinas es una bala de cañón atada a las piernas del pueblo yanqui. Nuestra guerra con España ha sido vergonzosa, criminal, y su maldición pesa sobre nosotros por tamaño afrenta».

Nuestro número de hoy consta de ocho páginas.

Su precio es, como de ordinario 5 CÉNTIMOS

LA HERRERÍA ARTÍSTICA

El arquitecto aragonés D. Félix Navarro ha dado en la cátedra del Ateneo de Madrid, y en la serie de trabajos organizados por la Sección de Artes Plásticas que preside el Sr. Lámpez, dos conferencias bajo el tema más arribado escrito.

A oír al señor Navarro han acudido buen golpe de obreros que esperaban escuchar de labios del ilustre arquitecto aragonés cuanto puede decir en materia tan interesante. El autor de los planos del teatro Pignatelli, de Zaragoza, de los del Mercado Nuevo y de los de otras muchas obras notables de nuestra arquitectura moderna.

El arquitecto aragonés no respondió en absoluto a lo que de los talentos efectivos se esperaba, y no por culpa de extraños elementos, sino por los rumbos que en la exposición de su doctrina ha seguido el conferenciante, demasiado filosóficos, un tanto abstrusos, otro tanto fuera de lo que la general cultura pide y puede dársele.

A tales causas debe cargar en cuenta el señor Navarro la extraña que produjo el primero de sus discursos, debido a pitagóricos conceptos más de la cuenta. Pudo fracasar por ello de todo en todo el distinguido arquitecto aragonés.

Anoche fué más humano con su público, sin que se apartara por eso totalmente de su propensión a lo filosófico y cabalístico, como cuando exponía todo el caudal de observación que le sugiriera la contemplación de la artística gerja de la capilla de los Reyes Católicos de Granada.

Luego, en cambio, estudiando los hierros de la estación del Metropolitano de París, en los que no se advierte, a su juicio, el menor destello de ideal artístico, y examinando el modernismo en la forja del hierro y sus construcciones, expuso juicios muy exactos y dignos de consideración.

En resumen, el Sr. Navarro mostróse como hombre de mucha cultura que no convino en la realidad con los demás mortales todo lo que debiera para que sus méritos indiscutibles brillaran como pueden y como es lícito que brillen.

F. de M.

LONDRES-PARÍS-ROMA-BERLÍN-LISBOA

CAMPANA DE CHAMBERLAIN

La Bolsa con Chamberlain. La Banca contra él. Su último discurso. En espera del discurso de Devonshire.

Ha pronunciado Mr. Chamberlain ante el público de la City su anunciado discurso de propaganda proteccionista e imperialista. Ha sido una oración notable, como todas las suyas, y la última de la primera parte de una campaña emprendida, con energías sólo comparables a las de Gladstone o Cobden, en pro de la política enteramente opuesta y, más que opuesta, de otros tiempos.

También el duque de Devonshire hablará en Liverpool en defensa del libre comercio, y sus declaraciones son esperadas con marcado interés. Los dos hombres que juntos, por la eminencia de su influjo, motivaron la dislocación del glorioso partido liberal, han roto a su vez las relaciones que los unían y se han separado, poniendo por medio un abismo de diferencias.

La City ha oído con entusiasmo al ex secretario de las Colonias, y ha aplaudido la exposición que él mismo le ha ofrecido de la nueva idea. No puede decirse, sería exagerado, que toda ella esté con él; pero cabe afirmar que el número, la masa, principalmente la Bolsa, le sigue. En contra tiene a la Banca.

Y se comprende y explica la división. El mismo Mr. Chamberlain ha dejado ver en sus palabras que le importaba despartar los sentimientos del patriotismo y del imperio, y ha sabido presentar con arte exquisito el peligro de que en un día pierda la supremacía comercial, industrial y monetaria de que la ciudad de Londres goza hoy sobre todo el mundo. A su juicio, no le sería posible conservar la si la condición del resto del país dejase de ser lo que es.

Fundándose en premisa tan clara, entró de lleno en la argumentación en defensa de su causa, que entiende de progreso. El resumen de su discurso lo es del problema político planteado en uno de sus aspectos, como el del duque de Devonshire lo será en el opuesto. Vale, pues, la pena de dedicar a los dos algún espacio.

«Es la política de las importaciones libres—se preguntaba el fogoso orador—adoptada en circunstancias que diferían en absoluto de las presentes, buena para nosotros hoy como lo fué antes? ¿Serviría hoy para estrechar los lazos del imperio? ¿No podrá preparar para la lucha de competencia con nuestros rivales, con los otros grandes imperios, que han surgido y que se han robustecido desde que adoptamos aquella política?»

«Han decrecido las exportaciones de nuestras manufacturas—alega—. Nuestros poderosos rivales nos han cerrado sus mercados para todo lo que pueden producir. Tal es el único objeto y la teoría de sus tarifas protectoras que, con buen acuerdo, procuran que sean eficaces. Toman nuestros carbones, nuestras primeras materias, cuanto ellos no poseen y cuanto no les es dado manufacturar. Nuestra exportación a nuestras colonias y a nuestras posesiones, en cambio, ha crecido. Si las cosas hubieran de continuar así no habría motivos para quejarse; pero no ocurre así en realidad. En nuestras mismas posesiones y en nuestras mismas colonias la importación del extranjero aumenta con más rapidez que la inglesa. No estamos seguros ni aun dentro de nuestro imperio: la competencia exterior nos va derrotando en aquellos mismos lugares en que nos considerábamos más a salvo».

«Y, sin embargo, y este es hecho muy elocuente, los países que nos cierran sus puertas, los países que, de acuerdo con las ideas librecambistas, debían hallarse en mala situación por el peso de las tarifas, que aumentan el coste de la producción, de la alimentación y de la vida, son precisamente los que nos van dejando atrás, a pesar de nuestros artículos de primera necesidad baratos. ¿Qué consecuencias se desprende de ello? Una sola es innegable—afirma el orador—. A menos que no cambiemos de política económica, nuestro comercio exterior de manufacturas está llamado a desaparecer. Necesitamos colocarnos en mejor terreno. Los demás consideran, con razón perfecta, que deben atender ante todo a su propio interés. Nada nos darán si nada tenemos que darles».

«Pero tampoco la riqueza lo es todo. La grandeza de una nación no se mide comparando su presente con su pasado. España, creo, y Holanda, de ello estoy seguro, poseen hoy más riqueza acumulada que en los florecientes tiempos de su historia. ¿Basta que así sea? A pesar del desarrollo de su riqueza han caído desde su altura; el cetro que en ocasión empunaron con orgullo ha pasado a otras manos, y jamás les será devuelto. Son, pueden ser, pero no son más nobles en la actualidad que en la grandeza futura del mundo. ¿Y habremos de seguir los mismos caminos? ¿De qué nos jactamos? ¿De nuestra riqueza? ¿No nos jactamos de nuestro poder; no jactamos del empleo de nuestro poder en el impulso de la civilización universal. Desamamos ser en adelante, como lo hemos sido en el pasado, una de las naciones más grandes».

«Comparémoslos con una de nuestros rivales: con Alemania. Nuestras exportaciones en 1903 han subido en siete millones y medio; pero las suyas, cuando sus cuentas se cierran, en el mismo año han crecido en 15. Si esto continúa, ¿qué sucederá? Nosotros continuamente estamos mejorando nuestra situación; los otros progresan con mucha mayor rapidez. Nuestros hombres y los suyos están a igual altura; pero dentro de poco nos habrán dejado por bajo. Es preciso procurar que no se nos reserve la misma suerte que a las naciones a que me he referido».

«Durante 1903 el número de trabajadores empleados en las industrias ha disminuido en un 40 por 100; nuestro comercio interior ha debido decrecer por consiguiente. Los salarios han bajado, y la causa no han sido las tarifas protectoras. En Alemania, en Francia, en los Estados Unidos de América, aun en pueblos ne-

queños como Suecia, a la adopción de tarifas ha seguido el afianzamiento de los mercados interiores y el fomento de los exteriores. Como consecuencia de ellas, la emigración en Alemania ha descendido desde 120.000 hasta 22.000. En Inglaterra sólo hemos conseguido ganar la diferencia entre 137.000 y 110.000 en igual período, e Irlanda, en cambio, se desduplica».

«Hay que escoger entre dos políticas. Hay que decidirse por la política de hace cincuenta años, que no ha cumplido ninguna de sus promesas, y la política que han seguido todas las demás naciones civilizadas. No han seguido por casualidad ni por mala voluntad, sino con justificación completa. Hay que escoger entre dos políticas también, porque nuestras actuales relaciones con nuestras colonias no pueden subsistir permanentemente como hasta aquí. ¿Hemos de constituir un imperio? Téngase presente, si no hemos de constituirlo, que la lucha por la vida, la lucha por la existencia en el futuro no se ha de mantener entre ciudad y ciudad ni entre reino y reino, sino entre poderosos Estados. Los pueblos pequeños lo pasarán mal si se consiente que se les estructure las gigantesca moles de esas organizaciones superiores. Es imposible que continuemos como hasta aquí; debemos bajar o subir. Este es el momento; esta es la oportunidad».

«Cuál es la progresión histórica, la evolución de un imperio? Al principio se forma un reino; se consolida después paulatinamente; crece con la conciencia de su fuerza y emplea luego el sobrante de sus energías en conquistar nuevos mundos. El imperio es ya un hecho; es necesario conservarlo intacto. A la gente del siglo XX, a los que viven, toca completar la obra. Id y decid a las Colonias que estamos dispuestos a ejecutar cuanto haya de adelantarse. Id y decid a las Colonias que mantendréis la tradición del pasado, por el buen nombre de la raza y por la salud del imperio».

Hasta aquí Mr. Chamberlain. Mañana oíremos al duque de Devonshire.

DABOR.

Londres 20 Enero.

DESDE PARÍS

EL ESTADO FERROVIARIO

Por dar gusto a los socialistas y para que se consuelen de la derrota de monsieur Jaurès, se ha puesto en la Cámara francesa a discusión la compra por el Estado de las redes ferroviarias del Oeste y del Mediterráneo.

Es una discusión académica, en la que ni los mismos que intervienen se muestran entusiasmados. El Gobierno se hace el sueco; Combes no pone atención; el ministro de Hacienda es enemigo de la compra; el ministro de Obras públicas también. A la opinión le importa eso menos que cualquiera de los más insignificantes *faits divers*.

Tiempo hace que se discute ese asunto en revistas y periódicos. Los economistas más notables—Leroy Beaulieu entre ellos—se han pronunciado en contra. El Estado, incapaz para la administración de servicios públicos menos complicados, daría en este de los ferrocarriles el más horrible de los batacazos. Efectuada la compra, tendría por necesidad que subarrendar el servicio a Sociedades particulares que supieran hacerlo. Esas Sociedades serían las mismas que hoy lo hacen. Para eso bien se está San Pedro en Roma.

Hay en el mundo ejemplos de ferrocarriles que explotan los Estados. El ensayo, o los ensayos, no han podido ser más desastrosos. Los trenes marchan sin regularidad ni método; las mercancías están amontonadas en los almacenes; los empleados son menos atentos, ¡el disloque!

Esto aparte del puro aspecto doctrinal y aparte también del puro aspecto financiero.

«Saben ustedes en cuanto se calculan las acciones y obligaciones de los ferrocarriles franceses? En veintimil millones de francos y un pico de quinientos millones más».

Cierto que ahora no se discute más que la compra de la red del Oeste y de la del Mediodía, que son precisamente las que peor marchan como negocio. Esa del Oeste no hay año que no llame a las puertas del Gobierno para que le dé—por la garantía de interés estatuida—lo que le falta para pagar intereses y amortización de acciones y obligaciones. De esta manera lleva ya muchos años sacándole al Estado alrededor de 14 millones. Estas sumas son a título de anticipo; pero si el negocio no marcha, como no marcha, buen anticipo te dé Dios. Es como la carne que lleva el gato, que nunca vuelve al garbato».

Estos remanentes malos y no admite mejora, o la admite y puede llegar a ser bueno. ¿La admite? Pues qué necesidad tiene el Estado de comprar esa red? Le basta con aguardar a que la situación de la Compañía sea boyante; a que le devuelva los anticipos que lo ha hecho; a que el dividendo de las acciones llegue a 50 francos, y entonces, del excedente, comenzará a cobrar el Estado el 67 1/2 por 100 dejándole a la Compañía el otro 33 por 100.

A esto contestan los partidarios de la compra: «Si, pero es que ese idilio no llegará a realizarse porque el negocio es malo».

Pues si es malo, contesta con lógica irrefutable el diputado M. Beauregard, ¿va a convertirse en bueno porque nosotros votemos la compra?

Si el Estado persigue tal virtud, lo mejor sería entregarle todos los malos negocios que que en sus manos se convirtiesen en buenos.

Es precisamente todo lo contrario, y de ello tenemos aquí una caja de botones de muestra. Ahí están los tabacos, que de negocio malo que era en manos del Estado, se ha convertido, para la Arrendataria, en negocio bueno. Demasiado bueno, acaso.

JUAN BARCO

París 21 Enero.

ECOS DEL VATICANO

El «motu proprio» de Pío X sobre la música y los cantos en la Capilla Sixtina.—Los «canta-nuevos» y Perosi.

La reciente circular de Pío X sobre la restauración de la música gregoriana, ha producido gran satisfacción al clero y al pueblo romano; pero véase comentada desfavorablemente por la Capilla Julia y Sixtina. Los cantores de estos dos centros de música sacra, muchos de ellos ya ancianos y acostumbrados a un repertorio adocenado, han manifestado sus quejas al abate Perosi (que es el que ha inspirado al Papa la idea, dígame lo que quiera), diciendo que no pueden someterse a la nueva orientación de la música sacra. Perosi, que comprende por una parte la razón que asiste a los viejos cantores de las dos Capillas, quiere a todo trance, por otra, implantar la innovación, aunque tengan que ser jubilados los que se declaran inhábiles. Hasta aquí la solución sería fácil; pero la gravedad del caso es que todas las Capillas de música en Italia han levantado una protesta temiendo que sus miembros sean sustituidos por jóvenes eclesiásticos amañados en el canto gregoriano y retribuidos solamente con algún sueldo eclesiástico.

El Papa, haciéndose eco de las dificultades que crea su circular, piensa remediar el mal concediendo a los cantores de toda Italia la jubilación por los servicios prestados, y llamar a los seminaristas, que compendrán las diversas Capillas puramente como meritorios hasta que vayan amortizándose las plazas.

Los más contrariados con motivo de esta circular, han sido los pocos eunucos, tipos y contraltos, que después de tomar la dirección de la Capilla Sixtina el abate Perosi, han quedado en la misma. Estos son inservibles para el plan que se propone el Papa, y aunque jubilados, como el honorario que percibirán será igual al de los demás cantores de voz natural, no se contentan, pretendiendo algo más que éstos. Perosi rebate su argumento, insistiendo en que pueden ser mejor suplidos por voces blancas de niños, y que, por consiguiente, sus reclamaciones no pueden ser atendidas.

El Papa, movido a compasión por las quejas de los eunucos, quería aumentar la jubilación; pero Perosi le hizo observar que, si por una parte la situación de los eunucos inspiraba lástima por su deficiencia orgánica altamente inmoral (por que, como es sabido, padres inhumanos, queriendo comerciar con sus hijos desde niños, les someten a una terrible operación), por otra los recursos necesarios para su subsistencia podrían ser muy limitados, careciendo de familia.

Así que Perosi será el que definitivamente extirpe en Italia esa llaga vergonzosa y contraria a los sentimientos del Evangelio, que todas las gentes de bien señalaban como un padrón de ignominia para Italia.

GALLARDO.

Roma 21 Enero 1904.

CARTA DE BERLÍN

Insurrección de los hereros en la colonia alemana del Sudeste de África

Hace ocho días llegué aquí las primeras noticias de la posibilidad de una insurrección de los hereros, y no se les dio gran importancia.

Solamente transcurrió una semana y la insurrección ha estallado ya poderosa, tomando proporciones alarmantes.

Gran número de colonos con sus familias han sido asesinados con sin igual crueldad.

Cuatrocientos hereros, armados de fusiles, atacaron Alakhandja, en donde los colonos refugiados se defendían desesperadamente.

Los insurrectos esperan refuerzos de las sabanas del Oeste.

La capital Windhoek se halla amenazada.

El conde de Bulow reconoció ayer en el Reichstag la gravedad de la situación, más seria porque la insurrección coincide con la ausencia del gobernador, que con la mayor parte de las tropas coloniales está en el Sur (distante más de veinte días de marcha), habiendo tenido que ir allí a reprimir la insurrección de los bonzowahs.

En pocos días han sido destruidos los resultados de más de diez años de laboriosos y perseverantes trabajos.

Las últimas noticias recibidas hacen temer lo peor.

En el acto se ha ordenado el embarque de 1.000 hombres de tropa y seis piezas de artillería.

EDUARDO HAHN.

Berlín 19 Enero 1904.

NOTAS DE PORTUGAL

Insurrección de los hereros en la colonia alemana del Sudeste de África

Un desengaño amoroso.—Unos de los avanzados.—Los comicios de los pueblos suburbanos.—Embarazo del Gobierno.

No sé quién fué el chistoso que llamó al pueblo portugués ultramontano.

Aquí no hay conventos, y si los hay, pocos son por cierto. Pensionados religiosos apenas sé de dos. Las Congregaciones fueron abolidas; medidas radicalísimas echaron hasta de los hospitales las hermanas de la Caridad; un fraile es aquí una avis rara; y sabiéndose todo esto aún se nos tilda de clericales, ultramontanos y otras lindezas parecidas.

En pleno Parlamento se apostrofan los representantes de los partidos de turno, descubriendo alianzas electorales, amañados y armadillas, uniones híbridas entre gubernamentales y clericales... y aquellos que contemplamos desapasionadamente esa comedia política, procuramos descubrir el cabo misterioso de este embrollado ovillo electoral.

Yo creo que nuestros políticos son capaces de unirse a cualquiera; pero con los clericales... ¿dónde están en Portugal los clericales?

El clero regular, ese clero que hasta en la Francia de Combes es respetado y querido, ese clero sintetizado en la virtud de los viejos curas de aldea, ese clero está aquí desmoralizado, perdido...

Asusta poner en lista la serie incalculable de proezas mundanas de nuestros curas. Hombres relajados, gozando de una libertad feudal en sus feligresías, no se avergüenzan de pasar con sus mancebas por entre los límites de sus dominios.

Es triste realmente el estado moral del clero portugués. Visiten los Seminarios y se convencerán de la educación que allí reciben los futuros pastores.

Conozco algunos que esconden entre las páginas de la *Summa* del de Aquino, las cartas amorosas de sus enamoradas. El grado de ilustración de esos reverendos en ciernes es edificante. Las meditaciones se imponen, ó por su astucia, ó por su ambición y concupiscencias políticas.

Pocos brillan en las letras. El canónigo Alves Mendes, ese divino orador sagrado, ese ruidoso del púlpito, amfiteatro del gran tribuno Castelar; Antonio Cândido, del Consejo de S.M., lucido talento, y notable economista; el fogoso y eminente Patriótico; el sabio arzobispo de Evora; el arrebatador Ayres de Gouveia... ahí están las únicas figuras que honran el clero portugués, ó por su talento ó por su virtud.

Y en un país donde hasta la moral vive proscrita de las viviendas rurales de nuestros curas, quieren que haya clericales que pacten con los partidos turnantes para ganar elecciones!

Cierto que los reverendos toman parte activísima en los chanchullos que nuestro liberalísimo sufragio da de sí, pero no revesitados de su carácter sacerdotal, sino del caquismo de su autoridad política.

Por esto nuestros periódicos avanzados, para halagar las pasiones de esos infelices cuatro millones de analfabetos que pululan desorientados por los inmensos campos trillados por los agentes de contribuciones distribuidos en un enjambre de cuerpos fiscales, pues cada impuesto tiene sus recaudadores respectivos; por esto, repito, nuestros demagogos tienen que inventar un partido clerical, acérrimo enemigo del orden de la nación y único culpable del despilfarro económico.

Ciertos periódicos están fuera de sí por haberse dado un caso de sugestión religiosa parecido al célebre Calmon, en una nieta del glorioso apóstol de la libertad, Victoriano Damasio.

Esta señorita, educada desde tierna edad con especial esmero y rodeada de mil cuidados, llegó a la adolescencia y tuvo que pagar su tributo al corazón amando. Pero, por el malhadado azar, que preside casi todos los amores, vinieron disgustos, lágrimas, y el encanto se desahució, viniendo el inopinado desengaño a hacer presa del delicado corazón de la joven.

La nieta del grande patriota enfermó de amor, y sus padres, para distraerla, la llevaron en casa de unos parientes que viven en la capital.

Aquí, merced a los insidiosos consejos de algunas beatas y al de una elevadísima señora, la joven formó el propósito de entrar en un convento de Francia, y así lo comunicó a sus padres que, desolados, andan buscando a la hija querida, sin que hasta ahora hayan deparado con ella.

Y ya tenemos furibundos ataques contra Congregaciones que no existen, y ya se toca a rebato para empezar una formal degollina de jesuitas, frailes, monjas y demás muestrario clerical, de los que hace tiempo se perdió en Portugal la semilla.

Después de mil demoras, suspensiones y contratiempos, se han realizado los comicios de los pueblos suburbanos que, en la disposición del ministerio de Hacienda de 1.º de Diciembre del pasado año, quedaron incluidos dentro del área fiscal que circunda Lisboa.

El Gobierno se vió seriamente embarrado, y por fin, rodeado de precauciones y despreciando hasta hoy el derecho de asociación, ha permitido que se realizaran los comicios, temiendo de que las voces justísimas de los infelices habitantes de los pueblos limítrofes con la capital, pudieran ocasionar un conflicto y fueran causa de la caída del Gobierno regenerador.

Esa gente no está acostumbrada a lidiar con gente movizada; ahí, en España, los quería ver; no sé cómo se las arreglarían para aguantar docenas de mitins en los que se atacan lo de arriba, lo de abajo y... lo del lado.

VIRIATO.

Lisboa 20 de Enero de 1904.

A través del mundo

Tolstoy es el autor contemporáneo de que se han hecho más traducciones, no existiendo ningún dialecto al cual no estén traducidas sus obras.

En 1894 se hicieron varias traducciones rusas y los serbios; en 1903 se hizo la primera persa, y el árabe; y ahora, por ser universalmente conocidas de las traducciones españolas, inglesas, francesas, alemanas, italianas y portuguesas, y últimamente algunas de las obras del insigne autor ruso han sido traducidas en esperanto por el mismo inventor de este idioma Shamenhoff.

Durante todo el tiempo de la guerra de Cuba y Filipinas estudiaban los americanos la elección de un tipo de fusil que excediese en ventajas a los conocidos.

Siete modelos fueron estudiados, y el Gobierno acaba de adoptar el mejor de ellos: *Springfield rifle*, que excede en precisión, alcance y eficacia al famoso *Krag Jorgensen*, de los noruegos, arma reputada como la mejor actualmente en servicio.

El *Springfield rifle* es un fusil de cañón corto, especie de carabina, cuyo cañón tiene 60 centímetros de largo, siendo el peso del arma de 3,700 kilogramos y su calibre de 6,5 milímetros.

Habiéndose observado en Alemania algunos síntomas de envenenamiento en personas que habían comido alcachofas cocidas, los más afeados médicos del imperio se han ocupado en estudiar las causas de estas indisposiciones, y han encontrado un microbio venenoso que vegeta en el sabroso artículo, el cual microbio le da ese color peculiar azulado que en la alcachofa se nota.

Recomiendan dichos doctores que las alcachofas se coman inmediatamente después de cocerlas, sin que se reserven las sobrantes para consumir después. Aquellas alcachofas que se hayan puesto completamente azules, deben desecharse en absoluto.

Los síntomas del envenenamiento por el microbio de las alcachofas tienen algo de ataque ecléctico, acompañados por vómitos y...

CANALEJAS EN CÁCERES

Un mitin

Cáceres 23 (8.10 m.) A las once y media de ayer empezó el mitin de propaganda celebrado en el teatro. D. Rafael Durán hizo un breve y elocuente discurso presentando al Sr. Canalejas, haciendo de él grandes elogios como asimismo del Sr. Montero Ríos, a los que pidió protección para la provincia de Cáceres.

D. José Trujillo dice que los canalejistas y monteristas pertenecen a una misma familia; ensalzó a los hombres del partido y dedica alabanzas a los demócratas de Cáceres. Después hablaron algunos oradores más sobresalientes del discurso de D. Diego María Crehuet, que estuvo elocuentísimo.

El Sr. Canalejas habló primero de las necesidades de Cáceres, ofreciendo solemnemente remediarlas.

Dedicó frases de gratitud al pueblo. Se declaró ferviente católico y partidario de la libertad de conciencia; ferviente monárquico y democrático.

Trató ligeramente de los problemas clerical y social. Prometió la supresión de la pena de muerte y del impuesto de consumos, y el establecimiento del servicio militar obligatorio.

Entre otras cosas habló de la enseñanza, de la agricultura y de la industria, ofreciendo ferrocarriles secundarios y todo aquello que pueda ayudar a desenvolver la riqueza de este país.

El mitin acabó a las dos de la tarde, y después se celebró el banquete político.—B.

El banquete

Cáceres 23 (9.50 m.) A las cinco y media de ayer tarde terminó el banquete.

Hubo muchos entusiastas discursos. Lo más notable del que pronunció el señor Canalejas fué la rotunda afirmación de que si por cualquier eventualidad deshiciera su unión con Montero Ríos, se marcharía a su casa.

Añadió que el ideal de la gobernación del Estado es la República; pero ésta es imposible llevarla hoy a la realidad.

Por la noche marcharon a Madrid, haciéndoles sus correligionarios una despedida entusiasta.—B.

Progreso peligroso

Un muerto más

Apona el ánimo la lectura de la desgracia ocurrida en San Sebastián de los Reyes. Uno de los mecánicos que ocupaba un automóvil fué despedido con tal violencia, que al caer quedó muerto. El automóvil—dice la noticia que tomamos de *El Imparcial*—continuó su veloz carrera...

Y tan de prisa se hace todo lo que tiene relación con estas máquinas modernas, que ni el nombre del pobre muerto se ha publicado. Era uno de tantos un mecánico que quizás aprendió a serlo, apellidado a las gentes...

No somos nosotros

al mando del cervetero Santerre, invaden las habitaciones de Luis XV, cometiendo toda clase de horrores.

Esto ya no lo toleró el público, y empezó a protestar ruidosamente.

El escándalo fué enorme; golpes estruendosos, silbidos y toda clase de gritos obligaron a suspender la representación e hicieron que el público sensato abandonase las localidades.

Uno de los actores habló elocuentemente a los alborotadores, y como tuviera la habilidad de tocar la fibra republicana, fué objeto de una ovación y pudo continuar la obra tranquilamente.

No han sido muy favorables para los republicanos los comentarios que se han hecho de este suceso.—P.

VILLAVERDE, SUMISO

Lo hemos dicho en diferentes ocasiones: el Sr. Villaverde, aunque otra cosa propalen algunos de sus amigos, no provocará con su actitud ningún conflicto grave al Gobierno ni secundará con actos o palabras propósitos de dividir aún más la mayoría parlamentaria. Estas noticias que sabíamos por conducto muy autorizado, han sido confirmadas por *La Época*, uno de cuyos redactores habló ayer con el ex presidente del Consejo.

En sustancia dijo éste: Que no dará motivo ni pretexto para que pueda dividirse la mayoría; que haría grandes sacrificios para mantener la unión de los conservadores; que no existe ninguna inteligencia política entre él y el Sr. Morat, y, por último, que no acudirá a ningún grupo, por la razón de que no tiene ni lo quiere.

Tal es la verdadera actitud del Sr. Villaverde, según acaba de declarar. Está bien; pero, ¿cómo quedaron las arrogancias villaverdistas nacidas a raíz de la crisis, reforzadas en la costa azul, que se desbordaron en París y tuvieron expresión en el precipitado regreso del marqués de Pozo-Rubio en vísperas de Navidad?

El guante arrojado por D. Antonio Maura a la cara de los impugnadores del proyecto de escuadra sigue en el aire ofendiendo a los que de su jefe natural, el Sr. Silveira, no soportaron que tocara el arco santo de la nivelación. Aquellas argucias de Sánchez de Toca en el primer Ministerio de esta etapa conservadora, queriendo sólo para su escuadra los sobornos del superávit del presupuesto, son ahora claridad y decisión de un Gabinete que funda su política en tal proyecto. Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de tantos humos como trajeron?

Nadie olvida las reuniones de los ex ministros villaverdistas en el Congreso, para que se enterara la gente de sus proyectos antiministeriales, a raíz de la exaltación maurista. Desde Alix á Besada, pasando por toda la gama de conjurados, lanzaron al viento sus propósitos; hasta los acólitos aspirantes a carteras en este derroche de posiciones que se capitulaban, repababan sus armas para dar gran lanzada á Maura agonizante.

El presidente del Consejo, que conoce sus clásicos, pide luz y taquígrafos, y en seguida el balbuceo oratorio y gubernamental del marqués de Pozo-Rubio se ataca ante la gallardía del jefe del Gabinete como en los mejores días del *cui prodest*.

Si la estratagema villaverdistas no tiene más ingeniosos recursos para acrecentar su prestigio que esperar a la puerta de su casa que le pasen el cadáver de su adversario desdichado, puede hacerlo sentado, porque Maura, arrogante, ha de ser más fuerza que Villaverde esperando en una sonrisa de Palacio ó en las migajas que le conceda la benevolencia ministerial.

Trocar la firmeza en que la Prensa amiga había convertido las asperezas de un desahogado carácter.

Tan faltos estábamos de prestigios, que soportábamos los arañazos villaverdistas como dulces abrazos, y á un modesto obrero de las estadísticas le diputábamos genio financiero.

El Sr. Villaverde acudirá á los tés presidenciales en busca de las pastas, y tal vez las encuentre... y no se le atraganten, que el Cid ya vió en su tiempo cosas que fían hablar las piedras. Y de entonces ahora la humanidad no ha cambiado mucho. Ni los financieros tampoco.

LOS OBREROS DEL MAR

DE NUESTROS CORRESPONSALES

EN PALMA

Ayer se declararon en huelga los obreros asociados que tripulan los vapores *Lulio*, *Balear* y *Cataluña*.

Esta actitud obedeció á la reunión que celebraron la noche anterior, en la que se celebró la reunión de los obreros de Barcelona.

En algunos vapores hay trabajadores asociados que efectúan los trabajos normales. Llegan trabajadores del campo y marineros de otros puertos, que se alistan para trabajar en sustitución de los huelguistas. Estos amenazan á todos los que trabajan á bordo.

Por la tarde suspendieron su salida los vapores *Correos* de Barcelona y Alicante, á causa de la huelga de obreros.

Hay alistados algunos, pero no los suficientes para efectuar la travesía.

Si la huelga no se soluciona pronto se ocasionará con ello grandes perjuicios á todo el comercio.—Vives.

EN MÁLAGA

Ha llegado el vapor *Nueva Valencia* tripulado por esquirols.

Viene de Barcelona y trae mucha carga. La desaminación de este puerto es muy grande y el comercio va notando los perjuicios que la paralización ocasiona.—Alfaguirra.

LA GACETA DE HOY

GRACIA Y JUSTICIA.—Reales decretos haciendo merced de títulos del reino con la denominación de conde de Torredilla de Cameros á don Ángel Mateo Sagasta y Sanjuán, y con la de marqués de Acha á favor de D. Alberto de Acha y Oñate.

GUERRA.—Real orden concediendo la cruz de segunda clase del Mérito Militar, blanca, pensión de 10 por 100 de su empleo hasta el ascenso al inmediato, al comandante de Ingenieros D. Juan Avilés y Arnau.

GOBIERNO.—Real orden interesando se ordene por el Ministerio de Gracia y Justicia á los encargados de los Registros civiles la entrega, al verificarse la inscripción de nacimientos, de un ejemplar de la «Cartilla higiénica para las madres».

Otras aprobando las suspensiones del alcalde, un teniente y seis concejales del Ayuntamiento de Enlenda Reales (Córdoba), y de dos concejales del de Sada (Coruña), impuestas por los respectivos gobernadores civiles.

Una desestimando por improcedente el recurso presentado por la Junta directiva de la Asociación de médicos titulares de España contra la Real orden concediendo asistencia médico-farmacéutica á las fuerzas de la guardia civil.

INSTRUCCIÓN PÚBLICA.—Reales decretos concediendo á grandes cruces de la Orden civil de Alfonso XIII, al profesor D. Luis Fernando de Baviera, y á D. Ángel María Duran y D. Pedro G. Maristany Oliver, D. Eduardo Maristany Gibert y D. Antonio Fernández Grillo.

Otro constituyendo el Real Patronato encargado de proporcionar enseñanza y alimentación en las Escuelas-Asilos creadas ó que se creen por el mismo en esta corte.

Real orden determinando los sueldos y plantillas de los profesores de Dibujo de los Institutos. Asignatura.—Leyes sancionadas por S. M. sobre concesiones de ferrocarriles.

Reales decretos de nombramientos y ascensos en el cuerpo de Ingenieros de caminos, canales y puertos.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

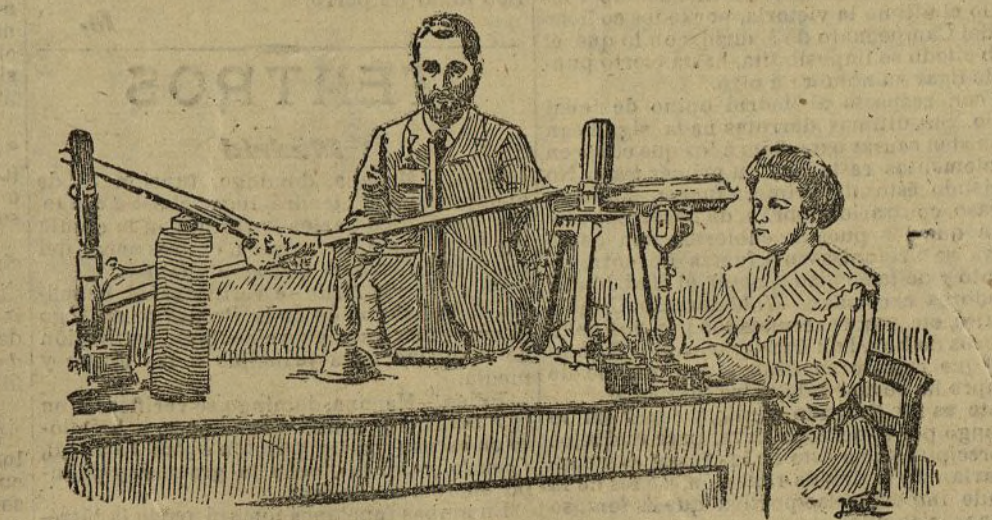
Otro aprobando el reglamento para el régimen de la Escuela especial de Ingenieros de montes.

Otro aprobando la plantilla del personal de la Intervención del Estado en los servicios de ferrocarriles.

Otro creando el cuerpo de Celadores de minas y reglamento del mismo.

CONVERSACIONES CIENTÍFICAS

Las maravillas del radium



M. Curie y su esposa estudiando el radium en su laboratorio de física.

Descubrimiento del radium

Comenzaré con una aclaración: El radium, traducido al castellano, debe decirse radio. Pero esta palabra tiene una significación perfectamente clara, y para evitar confusiones, prefiero llamarle radium.

Este cuerpo, del que tanto se habla, ha sido descubierto hace ya más de cuatro años. No están nuevos como el oro.

En el año 1895, Becquerel descubrió el uranio, y más tarde el polonio.

En el año 1898, el matrimonio de sabios descomulgados, los Sres. Curie, examinando los residuos de la obtención del uranio, hallaron las mismas radiaciones, los mismos rayos, pero dos millones de veces más intensos que los del uranio.

¿Qué era ello? Continuaron sus trabajos con abnegación infatigable, con suprema constancia, y descubrieron dos cuerpos: el polonio y el radium. ¡Hace ya cuatro años!

Desde entonces ha proseguido el estudio incesantemente, y cada día se van descubriendo más y más propiedades, más inesperadas, más estupendas propiedades.

A vueltas pluma diré algunas cosas de ese cuerpo, que hoy preocupa y desconcierta á todos los físicos.

El calor del radium.

El radium, con sus propiedades singularísimas, ha dado un enorme mérito á todos los físicos, ha derrocado con su sola presencia teorías fundamentales de la Mecánica y de la Física.

Hasta ahora, para tener calor, necesitábamos quemar carbón, quemar leña, quemar algo; necesitábamos andar, frotar una cosa contra otra, hacer ejercicio, etc., etc. Para tener calor necesitábamos gastar energía, transformar alguna fuerza, que al transformarse, se consumía.

Un cuerpo caliente que desprende calor, que nos envía sus rayos, acaba por enfriarse si no hay alguna otra fuerza extraña que sostenga la temperatura, que le dé el calor perdido.

El radium hace todo lo contrario; el radium rompe todas esas verdades repugnantes como axiomas, como principios evidentes. El radium está frío y desprende calor, y lo desprende un día y otro, y un mes y otro mes, y años enteros, sin perder de peso, sin perder energía, sin que gaste nada.

Este es el descubrimiento más estupendo, más extraordinario, más maravilloso de la ciencia moderna. Rompe con todos los hechos admitidos; derrota verdades fundamentales; tiene á los físicos más sabios dándose de calabazas, sin poder explicarse la causa de este derrocamiento de todas las teorías.

La cantidad de calor que desprende el radium es enorme, colosal. Y como el calor es fuerza, la fuerza que es capaz de producir un solo gramo de radium, so eleva, según Arsonval, á muchos millones de caballos de vapor. ¡No es verdaderamente maravilloso pensar que un gramo de radium desprende fuerza capaz de arrastrar grandes trenes?

Y esto contando solamente el calor que desprende.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El radium y el sol

Es decir: yo no sé si debemos renunciar, porque pudiera ser que fuese el radium quien nos calienta hace muchos años, aunque nosotros lo ignoramos.

Para explicar la permanencia del calor solar se han dado muy curiosas teorías. Esas teorías se fundaban en verdades tenidas por inconcusas, que ahora, con el radium, se derrumban.

Y viene seguida á la mente esta pregunta: El calor solar, la luz que nos envía, las ondas eléctricas, ¿no serán producidas por la existencia de radium en el sol? ¿No podría esto explicar la correlación patente entre las manchas solares, las auroras boreales y el magnetismo terrestre? A primera vista nada más natural ni más lógico que esta hipótesis.

Y en tal caso, ¿á ser verdad esta hipótesis, resultaría que, cuando nos calentamos al sol, es el radium quien nos calienta.

La electricidad y el radium

Mas no es calor solamente lo que el radium produce; produce también fenómenos eléctricos y fenómenos luminosos extraordinarios. Pongámonos una sal de radium dentro de un frasco. Inmediatamente la cara exterior del frasco se carga de electricidad. Parece una botella de Leyden fuertemente electrizada; los efectos son idénticos. De la superficie del frasco se pueden hacer saltar chispas eléctricas. Si se acerca la mano, en todo el brazo se siente la descarga.

Y esta singularísima carga eléctrica está producida espontáneamente, sin máquinas, sin pilas, sin dinamos, sin condensadores. Se ha producido por la virtud maravillosa del radium; es decir, por una acción que, si los hechos no confirmaran plenamente, indiscutiblemente, diríamos que era absurda, soñada, imposible.

No es esto solamente. Los rayos del radium hacen buenos conductores de la electricidad á todos los cuerpos. El aire, el agua, la bencina, el sulfuro de carbono, etc., sometidos á las emanaciones del radium, tornanse buenos conductores de la electricidad.

Así no es posible tener un cuerpo electrizado donde haya sales de radium; todos los cuerpos se deselectrizan.

El radium hace todo lo contrario; el radium rompe todas esas verdades repugnantes como axiomas, como principios evidentes. El radium está frío y desprende calor, y lo desprende un día y otro, y un mes y otro mes, y años enteros, sin perder de peso, sin perder energía, sin que gaste nada.

Este es el descubrimiento más estupendo, más extraordinario, más maravilloso de la ciencia moderna. Rompe con todos los hechos admitidos; derrota verdades fundamentales; tiene á los físicos más sabios dándose de calabazas, sin poder explicarse la causa de este derrocamiento de todas las teorías.

La cantidad de calor que desprende el radium es enorme, colosal. Y como el calor es fuerza, la fuerza que es capaz de producir un solo gramo de radium, so eleva, según Arsonval, á muchos millones de caballos de vapor. ¡No es verdaderamente maravilloso pensar que un gramo de radium desprende fuerza capaz de arrastrar grandes trenes?

Y esto contando solamente el calor que desprende.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

Cada gramo de radium cuesta hoy próximamente 40.000 duros. ¡Un solo gramo!

Y en verdad que con los intereses de ese dinero hay para pasar tibiamente, por dentro y por fuera, el más crudo de los inviernos.

Y no debe extrañarnos ese precio. Se extrañaría el precio del oro.

El precio del radium

Oigo decir al lector: «Pues si el radium desprende calor incesantemente, perdurablemente, está resuelto el problema de la calefacción económica. Compraremos radium suficiente y él se encargará de calentar nuestras habitaciones, ¡se acabó el frío del invierno!»

El razonamiento no puede ser más lógico; pero no hay que precipitarse. Prescindiendo de otras causas, la calefacción resultaría cara, carísima. ¿Por qué? Por el precio de ese maravilloso cuerpo.

EL SANEAMIENTO DE MADRID

Puesto que el señor director del Diario Universal tiene la bondad de suponer que la ampliación de algunos puntos de los por mí bosquejados en un reciente artículo acerca del saneamiento de Madrid, podría tener algún interés para sus lectores, no he de negarme a procurar que en asunto de tal importancia pueda orientarse con rumbo fijo la opinión pública, móvil efectivo y permanente de nuestras Sociedades y expresión de su voluntad en la administración oficial.

El saneamiento de la nuestra, como el de todas las grandes ciudades, se encierra en una fórmula teórica, de tanta sencillez en el enunciado como de difícil realización en la práctica.

En toda ciudad moderna se cumple el ideal de la higiene cuando se le puede proporcionar aire puro, agua pura y suelo limpio.

Acuérgase a estas tres condiciones las que el agua, la inteligencia y la laboriosidad individual pueden añadir en el régimen de la alimentación, de las costumbres y de la vivienda, y se comprenderá desde luego que lo que la acción administrativa está obligada a realizar se reduce solamente a aquellos tres puntos técnicos, y que logrados ellos del modo más aproximado a la perfección, cumplen los Municipios y los Gobiernos todo su deber, proporcionando campo para el desarrollo de la perfección individual higiénica.

Senella es la fórmula, decía; pero es tan difícil su obtención, que puede sin exageración afirmarse que en ninguna de las grandes capitales por modelo de urbanización citadas ha llegado a realizarse, si bien se puede asegurar sin pesimismo que ninguna se aleja tanto de ella como la capital en que vivimos. Nuestro suelo, en primer lugar, es malo, y el mal barrido en su superficie cubre un subsuelo imperfectamente drenado, en el que se recogen los residuos, unas veces en galerías antiguas, mal trazadas y permeables, y otras en pozos negros, que impregnan el terreno de filtraciones o emanaciones insalubres, cuando no mortíferas; el agua, no todo lo abundante y bien distribuido que pudiera apetecer la higiene moderna, llega a las viviendas y a las fuentes, ó enturbada por tierras acarreadas en su curso, ó conducida en cañerías porosas, que, al atravesar por cerca de alcantarillas y pozos, recoge en sus filtraciones, y con ellas los gérmenes de enfermedades tan conocidas como arrastradas y mortíferas; el aire, dificultado en sus cambios por la tortuosidad y estrechez de la mayor parte de las calles, contiene una proporción de polvo, vahos y miasmas, que desde lejos describe la vista en forma de neblina, deladora de la impureza, sin necesidad de acudir al testimonio del examen microscópico. Si en todas partes queda algo ó mucho que hacer, en la capital de España queda por hacer casi todo. Y queda aún más que por atraer la atención social sobre problema tan elemental como el de la higiene urbana, por el animo de nuestros convencidos la persuasión de que una gran parte del pavoroso problema que ante sus ojos revelan las cifras de mortalidad, tiene su remedio en la acción de cada uno, en la atención puesta en los detalles de la vida, en el hecho, al parecer insignificante, de la atracción é iluminación de la vivienda, de la limpieza de la calle, de la permanente respiración de ella, de un gas dañino y no atendido, ó de un foco de combustión asfixiante.

Todo esto y mucho más queda por hacer; pero por hoy bastarán algunas indicaciones acerca de lo que pueden intentar la Administración y las autoridades.

Lo primero será comenzar por hablar del suelo, pues sobre estar ya modificado, y su limpieza más al cuidado de las Corporaciones administrativas que de los individuos, es su pureza garantía de la de las aguas, y en mucha parte de la del aire.

Nada diré de lo que al suelo, propiamente dicho, se refiere. ¿Qué madrillo necesita que le contengan que las basuras detenidas en la vía pública, los bascos de empujados, el asfalto mismo, lleno de inverosímiles suciedades, los paseos con todo ó polvo, pero nunca limpios, los arroyos obstruidos cuando deben ser de riiego, y permanentes hasta que el sol los seque cuando son inútiles, constituyen otras tantas causas de emanaciones y de insalubridad, aparte de lo que significan como incomodidad ó desaseo?

De nada de esto en el aspecto de la cuestión, veamos el que se presta a alguna consideración menos fácil de hacer á primera vista: el que se refiere a la conducción de las aguas residuales y de los productos excrementicios hasta un punto en que no puedan ser ni molestos ni peligrosos; al alcantarillado, en una palabra.

Es ley de todos los seres vivos que nada sea tan dañino para su existencia como la atmósfera por ellos modificada cuando no se renueva, y como el producto de sus excreciones cuando de sí no le alejan. Ampliado el concepto, nada es tan nocivo para una ciudad como no favorecer la renovación de su aire y el alejamiento de sus residuos. La ingeniería, la higiene y la administración, han hecho en estos últimos tiempos esfuerzos tales por conseguir el ideal de la higiene urbana, que aquella renovación, que puede decirse que constituye su resumen toda una literatura especial y un ramo científico tan modesto en la apariencia como positivo en el adelanto y el provecho.

Los sistemas ideados para la realización del plan de limpieza del subsuelo urbano son casi innumerables en la cantidad, en la variedad y en el ingenio en su consecución demostrado.

Madrid, hace algunos años, pero más de cincuenta, no era una de las ciudades más atrasadas en este sentido, y podía con muchas otras arrostrar la comparación; pero de entonces acá ha permanecido ella estacionada, si no ha retrocedido, y en cambio las otras capitales han avanzado prodigiosamente, con lo que es el nivel de la ciudad, como el borriale de los costar mucho trabajo, mucha perseverancia, mucho dinero y mucha inteligencia.

No hace aún dos meses recorría yo en un cómodo tren movido por locomotora eléctrica, y luego en una cómoda barca, las principales arterias del alcantarillado parisiense; bajo aquella limpia bóveda, bien iluminada, costada por dos enormes tubos, conductores del agua potable el uno y de la de usos industriales y domésticos el otro, leyendo las indicaciones del contenido de varios tubos destinados a llevar alambres eléctricos, hilos telefónicos, arcos comprimidos y fuerza motora para centenares de industrias, pensaba para mí en la conveniencia de que los millares de españoles que visitan París todos los años hicieran aquella excursión que yo entonces hacía, como había hecho la de Berlín, Bruselas y otras ciudades.

Podían emprenderla sin repugnancia ni temor aun los niños, pues en ella podía aventurarse por aquellas galerías con galas, plumas y encajes, segura de no manchar sus atavíos, ni de que su olfato sufriera por el mal ligero olor que la advertiese que caminaba por encima y al descubierto de los residuos de la gran ciudad.

Su timidez tampoco se alarmaría en medio de aquella luz y de la solidez de construcción que alejaban toda idea de riesgo, y permitían, por las indicaciones epigráficas y numéricas, saber á cada momento por qué punto de los bulevares ó de las calles se pasa, y permiten asegurar que aquella red de desagüe no puede sufrir ni de otros puntos para robos, escalos y atravesamientos de mano.

Triste era el contraste, pero la es más el pensar que este nivel de Madrid no hace

sólo relación con las capitales extranjeras. En España mismo hay poblaciones que realizan ya un esfuerzo que debería ser el de la capital, y en prueba de ello tengo á la vista los planos detallados del alcantarillado de Cartagena, de Barcelona y de Valladolid, y los datos descriptivos del de Bilbao y Sevilla, planes todos, que excepto el último, pudieran sin gran dificultad adaptarse á nuestra población.

La reforma se impone, la opinión la exige, los Gobiernos comprenden su necesidad. ¿Cómo realizarla?

Como no tengo tanta fortuna respecto á Madrid como á las poblaciones españolas que he citado, no podré hablar con tan seguridad de su plan, que deberá existir sin duda alguna, puesto que hay Municipio con arquitectos, ingenieros y personas competentes, es de suponer que algo tendrán pensado, proyectado y dispuesto, sin dejarse sorprender al imprevisto por cuestión tan vieja y manoseada, ahora que empiezan á tener aquello cuya falta ha sido hasta hoy discurrir, ó inacción y pretexto del atraso, es decir, el dinero.

No es creíble, aunque sí verosímil, que este estudio esté por hacer, y que haya que emprenderlo ahora como si de fundar una nueva población se tratara, y como si en el presupuesto municipal no se consignaran los sueldos de esos ingenieros, arquitectos, médicos, Junta de Sanidad, de ensanche, de obras y de todas las infinitas variedades de funcionarios que la inagotable ingenuidad de la burocracia discurra á diario en su potencia generadora de cosas inútiles y embarrasosas.

Aun si á pesar de ser el hecho increíble, no sería grande la dificultad y podrían alanzarse los obstáculos y acortarse los trámites de muy sencilla manera, adaptando á Madrid *mutatis mutandis* el plan de cualquiera otra población, Bilbao ó Cartagena, por ejemplo. Esto puede muy bien hacerse si se quiere, aunque es de temer por más de un motivo, que no se quiera, y esto por razones confesables las menos, y recordando no pocas.

El plan existirá, no lo negaré yo; pero si afirmarse en cambio que si existe es anómalo, y me autoriza á decirlo lo que á diario veo en las obras de alcantarillas que se hacen, pues no es de suponer que se quiera seguir haciéndolas mal para darse el gusto de tener que inutilizarlas ó destruirlas el día en que se adaptara un plan racional ó moderno.

El alcantarillado de Madrid, según la moda de los tiempos de Sebastián, según la moda de los tiempos de Felipe IV, según la moda de los tiempos de Felipe V, según la moda de los tiempos de Felipe VI, según la moda de los tiempos de Felipe VII, según la moda de los tiempos de Felipe VIII, según la moda de los tiempos de Felipe IX, según la moda de los tiempos de Felipe X, según la moda de los tiempos de Felipe XI, según la moda de los tiempos de Felipe XII, según la moda de los tiempos de Felipe XIII, según la moda de los tiempos de Felipe XIV, según la moda de los tiempos de Felipe XV, según la moda de los tiempos de Felipe XVI, según la moda de los tiempos de Felipe XVII, según la moda de los tiempos de Felipe XVIII, según la moda de los tiempos de Felipe XIX, según la moda de los tiempos de Felipe XX, según la moda de los tiempos de Felipe XXI, según la moda de los tiempos de Felipe XXII, según la moda de los tiempos de Felipe XXIII, según la moda de los tiempos de Felipe XXIV, según la moda de los tiempos de Felipe XXV, según la moda de los tiempos de Felipe XXVI, según la moda de los tiempos de Felipe XXVII, según la moda de los tiempos de Felipe XXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe XXIX, según la moda de los tiempos de Felipe XXX, según la moda de los tiempos de Felipe XXXI, según la moda de los tiempos de Felipe XXXII, según la moda de los tiempos de Felipe XXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe XXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe XXXV, según la moda de los tiempos de Felipe XXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe XXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe XXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe XXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe XL, según la moda de los tiempos de Felipe XLI, según la moda de los tiempos de Felipe XLII, según la moda de los tiempos de Felipe XLIII, según la moda de los tiempos de Felipe XLIV, según la moda de los tiempos de Felipe XLV, según la moda de los tiempos de Felipe XLVI, según la moda de los tiempos de Felipe XLVII, según la moda de los tiempos de Felipe XLVIII, según la moda de los tiempos de Felipe XLIX, según la moda de los tiempos de Felipe L, según la moda de los tiempos de Felipe LI, según la moda de los tiempos de Felipe LII, según la moda de los tiempos de Felipe LIII, según la moda de los tiempos de Felipe LIV, según la moda de los tiempos de Felipe LV, según la moda de los tiempos de Felipe LVI, según la moda de los tiempos de Felipe LVII, según la moda de los tiempos de Felipe LVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LVIX, según la moda de los tiempos de Felipe LX, según la moda de los tiempos de Felipe LXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXX, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXXI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXV, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVI, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXVIII, según la moda de los tiempos de Felipe LXXXXIX, según la

